
BRUGUERA
BOLSILIBROS
TERROR
Selección TERROR
Joseph Berna
TERROR EN LA ANTARTIDA



JOSEPH BERNA

TERROR EN LA ANTARTIDA

Colección SELECCION TERROR n.° 541 Publicación semanal



EDITORIAL BRUGUERA. S. A.
BARCELONA BOGOTA - BUENOS AIRES - CARACAS – MEXICO

ULTIMAS OBRAS PUBLICADAS EN ESTA COLECCION

536 — *Satán y su familia* Clark Carrados
537 — *Olvidados* - Ralph Barby
538 — *¡Excursión al infierno!* - Joseph Berna
539 — *La mano leprosa* - Curtis Garland
540 — *La muerte pregunta por ti* - Ada Coretti

ISBN 84 02 02506 4 Depósito legal: B. 18.401 1983
Impreso en España Printed in Spain

1. 1. a edición: julio. 1983
2. 2. a edición en América: enero. 1984

Todos los personajes y entidades privadas que aparecen en esta novela, así como las situaciones de la misma, son fruto exclusivamente de la imaginación del autor, por lo

que cualquier semejanza con personajes, entidades o hechos pasados o actuales, será simple coincidencia.

Impreso en los Talleres Gráficos de Editorial Bruguera, S. Parets del Vallés (N-l 52. Km 21.650) Barcelona 1983

CAPITULO PRIMERO

La Antártida.

Polo Sur del globo terráqueo.

Catorce millones de kilómetros cuadrados de suelo helado, toneladas y toneladas de hielo, frío intenso.

Y allí, en aquella vasta superficie blanca y gélida, se alzaba la base científica estadounidense, en la que trabajaban varios hombres y mujeres, totalmente aislados, muy lejos de la civilización.

Era un trabajo duro, difícil, que muy pocos podían soportar, porque no todo el mundo estaba dispuesto a dejar tas Estados Unidos para instalarse en el mismo corazón de la Antártida y pasarse allí meses y meses, entre los hielos, luchando contra la bajísima temperatura, contra los osos polares, contra la cegadora blancura del paisaje, y contra muchas cosas más.

Había que tener la vocación y espíritu de sacrificio que, por ejemplo, tenía el profesor Walter Nicholson, jefe de la base. Contaba cuarenta y dos años de edad, y era un hombre inteligente, decidido, capaz de afrontar las situaciones más comprometidas con serenidad y eficacia.

Era quien más tiempo llevaba en la base, trabajando con el entusiasmo y la ilusión de un principiante. Echaba de menos los Estados Unidos, claro, pero no tanto como para no sentirse feliz en la Antártida, porque allí hacía lo que le gustaba.

Otro hombre que se sentía feliz en el continente antártico, era el doctor Shaw Wiler, de cuarenta y un años de edad, mediana estatura, y cabeza bastante desprovista de pelo.

Después del profesor Nicholson, que era alto y delgado, aunque fuerte como un roble, el doctor Wiler era el hombre más veterano de la base.

Llevaba casi tanto tiempo en la Antártida como Walter Nicholson, al que admiraba profundamente por su dedicación y sabiduría. En justa contrapartida, el profesor Nicholson admiraba también a Shaw Wiler, porque era un excelente médico que podía estar ganando mucho dinero de haberse quedado en los Estados Unidos, atendiendo pacientes en su propio consultorio.

Sin embargo, el doctor Wiler rechazó esa vida cómoda y tranquila, ese trabajo fácil y bien remunerado, y aceptó en cambio trasladarse al Polo Sur, al centro de la Antártida, a los hielos, al frío.

Y allí continuaba.

Atendiendo al personal de la base.

Una tarea digna de elogio, aunque a muchos les pareciese un disparate, pues no comprendían que Shaw Wiler prefiriese ejercer

su carrera en una base americana instalada en pleno continente antártico, a hacerlo en los Estados U nidos.

Otro de los miembros de la base era Alan Baxter, de veintinueve años de edad, alto, de fuerte constitución, pelo oscuro y facciones agradables.

En aquel momento se encontraba a solas con Dorothy Evans, una de las mujeres, pocas mujeres, que formaban parte del personal de la base antártica.

Dorothy era una pelirroja de acusadas formas, rostro atractivo, y mirada sensual.

Contaba veinticinco años de edad y era una mujer absolutamente liberada.

Que no le importaba irse a la cama con un hombre, vamos. Y menos, si el hombre era Alan Dexter.

Había hecho muchas veces el amor con él.

Ultimamente, sin embargo, Dorothy no había podido verse entre los musculosos brazos de Alan, porque éste parecía rehuirla. Y ella creía saber por qué.

No obstante, quería que Alan se lo confirmara, y por eso le había seguido hasta aquel sector de la base, que era un buen lugar para tener una conversación de aquel tipo.

Alan Dexter no había advertido que Dorothy Evans le seguía, y la descubrió al girarse. Casi se da de bruces con ella, por lo que, instintivamente, alzó las manos y las puso en el pecho de la pelirroja, para evitar el choque.

—¡Dorothy! —exclamó.

Ella le sonrió pícaramente.

—Cuánto tiempo hacía que no sentía tus manos en mis senos.

Alan hizo ademán de retirarlas, pero Dorothy se las cogió con rapidez y le obligó a mantenerlas sobre su turgente busto.

—¿Qué pasa, ya no te gusta oprimir suavemente mis pechos, como hacías antes?

—¿Por qué dices eso?

—Ibas a retirar tus manos.

—Bueno, es que éste no es el mejor momento para...

—Antes, cualquier momento era bueno. Y cualquier lugar. En cuanto nos veíamos a solas, ya me estabas deslizando las manos por debajo del jersey y buscando mis senos, mientras me besabas con ardor. Ahora, sin embargo, me huyes como si tuviera la peste.

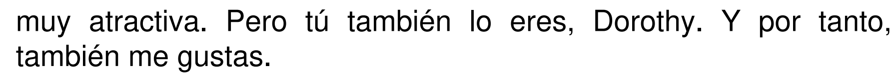
—Qué tontería — sonrió nerviosamente Alan.

—Es la verdad. Desde que llegó Carrol Tracy a la base, has perdido todo tu interés por mí.

—No es cierto.

—Te gusta Carrol, confiésalo.

—Bueno, si te dijera que no, mentiría, porque Carrol es una chica


muy atractiva. Pero tú también lo eres, Dorothy. Y por tanto, también me gustas.

—Pero ella te gusta más.

—No, igual.

—¿Te has acostado ya con Carrol?

—Qué más quisiera yo —se le escapó a Alan, aunque lo dijo en tono muy bajo. Por desgracia para él, Dorothy tenía un oído muy fino y captó su respuesta.

—Conque lo estás deseando, ¿eh? —masculló, al tiempo que le daba un empujón.

—¿El qué? —preguntó Alan.

—¡Hacer el amor con Carrol!

—Yo no he dicho eso.

—¡Sí lo has dicho!

—Te aseguro que no.

—¡Lo he oído, Alan!

—Lo habrás entendido mal, Dorothy. Sólo he dicho que Carrol me gusta, y al instante he

añadido que ni también me gustas, porque eres tan hermosa y tan deseable como ella.
—Tendrás que demostrármelo.
—¿Qué quieres que te demuestre?
—Que te sigo gustando.
—Muy bien, esta noche te lo demostraré.
—Esta noche, no, Alan. ¡Ahora!
—¿Ahora?
—¡Sí, aquí!
—Estás loca.
—¡Por ti! ¡Y tú lo estabas por mí, hasta que llegó Carrol Tracy!
—Qué manía has cogido con Carrol —rezongó Alan, que había retrocedido hasta la pared, porque Dorothy no paraba de empujarle mientras le gritaba.
De pronto, la pelirroja se subió el jersey hasta el cuello, con un movimiento brusco. Y, como no llevaba sujetador, sus rotundos pechos quedaron totalmente visibles.
—¡Adelante, Alan!
Dexter clavó sus ojos en los túrgidos senos de Dorothy, pero sus manos no se movieron.
—Te vas a resfriar, cariño —dijo, tras un carraspeo.
—Imposible.
—¿Por qué?
—Tengo la sangre demasiado caliente.
—Ya.
—¿Cómo la tienes tú, Alan?
—Pues, en este momento...
—Fría, ¿verdad?
—Yo no diría tanto.
—¿Cómo es posible que no te excite ya ni siquiera un poco?
—Te equivocas, nena. Lo que sucede es que aqui no me atrevo a nada, porque puede entrar alguien de pronto y sorprendemos.
—Antes sí te atrevías.
Alan le puso las manos en las caderas.
—Mira, Dorothy, yo te prometo que esta noche iré a tu cuarto y...

—No vendrás.
—Iré, te lo aseguro.
Dorothy le cogió las manos y las guió hasta sus senos.
—Acaríciame, Alan. Y bésame.
—Dorothy...
La pelirroja pegó su boca a la de él, le mordió los labios, profundamente con su lengua hábilmente.
Era una experta besando.
Ni el más frío de los hombres podría permanecer insensible a un beso como aquél. Y Alan, claro, empezó a mostrarse activo.
Le devolvió el ardiente beso, le oprimió los senos, se los acarició, cada vez con mayor avidez.
Dorothy sonrió interiormente.

Lo había logrado.
Había conseguido que Alan volviera a desearla. Que se olvidara de Carrol Tracy.
Sería suyo de nuevo.
Gozaría en sus brazos y él gozaría en los de ella, como antes de que Carrol llegara a la Antártida.
Alan, en efecto, se había olvidado por completo de Carrol.
Sin embargo, la recordó de repente y todo su cuerpo se enfrió.
Y es que Carrol Tracy había aparecido de pronto en aquel sector de la base.
¡Estaba allí!
¡Mirándolos!
¡Los había pillado abrazados, besándose y acariciándose!
Y, por la expresión de su cara, Alan adivinó que le había sentado peor que un puñetazo en el estómago.

CAPITULO II

Norman Bridges y Robert Kelsey regresaban a la base, conduciendo sus respectivos trineos con habilidad, porque era algo que habían hecho muchas veces.

Y cada vez les gustaba más.

Era todo un espectáculo ver a los perros corriendo por la helada superficie, vigorosos, incansables, soportando el intenso frío, al que estaban tan acostumbrados que apenas lo notaban ya.

Norman y Robert también se habían acostumbrado a la baja temperatura, y la acusaban mucho menos que cuando llegaron a la Antártida. Iban, naturalmente, bien abrigados. Y se protegían los ojos con gafas especiales, para que la cegadora blancura del hielo no da- ñase sus órganos visuales.

Los trineos se deslizaban con rapidez por el hielo, sorteando los bloques, los montículos, las hondonadas. No es que Norman y Robert tuvieran prisa por llegar a la base, pero les gustaba competir entre ellos y los dos querían ser el primero en alcanzar la base.

En la carrera, por el momento, llevaba una ligera ventaja Norman Bridges. Tenía veintiocho años, uno más que Robert Kelsey.

Se trataba, por tanto, de dos tipos jóvenes, que además tenían un carácter alegre. Siempre estaban bromeando y lazándose pullas, para picarse el uno al otro, aunque en el más sano de los sentidos.

—¡Te voy a ganar, Robert! —gritó Bridges.

—¡No cantes victoria todavía, Norman! —respondió Kelsey.

—¡Puedo cantarla, porque sé que voy a perderte de vista en unos minutos!

—¡Eso quisieras tú! ¡Voy a adelantarte, Norman!

—¡Ni lo sueñes! ¡Soy mejor conductor de trineos que tú, Robert!

—¡Ja!

—¡Te lo he demostrado muchas veces!

—¡Yo he ganado más carreras que tú, Norman!

—¡Y un cuerno! ¡Sólo has ganado las pocas que yo te he dejado ganar, para no humillarte demasiado!

—¿Dejarme ganar tú? ¡No dejarías ganar ni a tu padre, Norman! Bridges se echó a reír.

Kelsey redobló sus esfuerzos por adelantarle. Y pareció que podía conseguirlo.

De momento, su trineo ya se había colocado a la altura del de su compañero. Bridges se esforzó también por distanciarse de nuevo, pero no lo consiguió. Durante un par de minutos, ambos trineos mantuvieron la igualdad.

Después, el trineo de Robert Kelsey se destacó ligeramente.

—¡Te dije que iba a adelantarte, Norman! —recordó Kelsey, riendo.

—¡Volveré a pasarte, ya lo verás!
—¡Te quedarás con las ganas!
—¡Voy por ti, fanfarrón!
El trineo de Norman Bridges recuperó la distancia perdida, pese a los esfuerzos de Robert Kelsey por mantener su ventaja.
De nuevo iban igualados.
Y fue entonces cuando ocurrió.
Los perros, inexplicablemente, dejaron de correr y comenzaron a ladrar.
—¿Qué diablos les pasa a los perros, Norman? —exclamó Kelsey, mientras trataba inútilmente de que los canes se pusieran de nuevo en movimiento.
—¡No lo sé, Robert! —respondió Bridges, que tampoco podía conseguir que los perros de su trineo reanudaran la marcha.
Los animales seguían ladrando. Y se agitaban, nerviosos.
Parecían mirar todos hacia un mismo punto.
Norman Bridges y Robert Kelsey miraron también hacia allí, pero no descubrieron nada raro. Sólo un bloque de hielo, de unos cuatro metros de altura por seis o siete de ancho. Un bloque normal, de los muchos que se veían en la Antártida, unos más grandes y otros más pequeños.
—¡Creo que los perros han visto algo. Norman!
—¡Pues yo no veo nada. Robert!
—¡Tampoco yo, pero estoy seguro de que los perros sí! ¡Por eso se han detenido y no paran de ladrar!
—¿Quieres que echemos un vistazo, Robert?
—¡No tendremos más remedio, Norman, porque los perros no quieren ponerse en marcha!
—¡Vamos allá! —dijo Bridges, saltando de su trineo. Kelsey saltó del suyo.
Los dos llevaban un rifle a la espalda.
Llevaban, también, un revólver al cinto, así como un cuchillo.
Echaron mano de los rifles, por si acaso se trataba de un oso polar o de alguna otra bestia peligrosa, y caminaron hacia el bloque de hielo.
Los perros continuaban ladrando.
Bridges y Kelsey alcanzaron el bloque de hielo.

—Ve tú por ese lado, Robert —indicó el primero—. Yo iré por este otro.

—Bien —respondió Kelsey, y rodeó el bloque de hielo por el lado izquierdo. Bridges lo hizo por el lado derecho.

Caminaban los dos despacio, con precaución. Robert Kelsey fue el primero en descubrir al... No supo cómo llamarlo.

¿Animal?

¿Ser humano?

¿Monstruo?

Era difícil decidirse, porque aquella «cosa» tenía tanto de animal, como de ser humano

y de monstruo.
En cualquier caso, Robert Kelsey tampoco tuvo tiempo de decidirse por una de las tres cosas, porque la espeluznante criatura le atacó con una rapidez increíble.

* * *

Al otro lado del bloque de hielo, que tenía tanto de grueso como de ancho, Norman Bridges avanzaba cautelosamente, con el rifle en las manos.
De pronto, escuchó un rugido escalofriante.
Y, casi al mismo tiempo, un alarido desgarrador. Norman sintió que se le erizaba la piel.
¡Había reconocido la voz de Robert Kelsey!
¡El alarido lo había lanzado él!
—¡Robert! —gritó Norman, y corrió en ayuda de su compañero. Desgraciadamente, nada pudo hacer por él.
Sólo horrorizarse.
Y no era para menos, porque Robert Kelsey yacía en el suelo, sobre un charco de sangre.
¡Tenía la garganta destrozada!
¡La herida era tan profunda, que su cabeza casi estaba separada del tronco!
¡Parecía producida por una poderosa garra de acero!
Norman Bridges, estremecido de espanto, recordó el escalofriante rugido que precediera al alarido emitido por la ahora destrozada garganta de Robert Kelsey.
Trató de imaginarse a la bestia que había acabado con la vida de su compañero de una manera tan fulminante, porque verla, no la veía por ninguna parte.
Parecía haberse dado a la fuga. Pero no.
La alucinante criatura seguía allí.
Norman lo supo cuando la oyó rugir a sus espaldas.
Se revolvió como una centella, dispuesto a llenarle el cuerpo de

agujeros con su rifle, pero no pudo efectuar ni un solo disparo, porque el espantoso ser le destrozó la garganta de un solo zarpazo, lo mismo que a Robert Kelsey.

CAPITULO III

Dorothy Evans notó que Alan Dexter se quedaba muy quieto. Su boca ya no le devolvía el excitante beso.

Sus manos ya no le acariciaban los pechos.

Todo su deseo y toda su pasión parecían haberse esfumado de pronto. La pelirroja, extrañada, se separó ligeramente de él y exclamó:

—¿Qué demonios te ocurre, Alan?

—¡Te lo dije, Dorothy! —exclamó a su vez Dexter, apartándola de un empujón.

—¿El qué?

—¡Que nos podían sorprender!

La pelirroja volvió la cabeza, pero no vio a nadie. —¿Quién nos ha sorprendido?

—¡Carrol Tracy!

—¿Dónde está? porque yo no la veo, Alan.

—¡No la ves porque se fue corriendo!

Dorothy lo miró, ceñuda.

—¿Sabes lo que creo. Alan?

—No.

—Que sólo es una excusa para librarte de mí. —¿Excusa?

—Te has inventado lo de Carrol.

—¡Estaba allí, te lo juro!

—Hombre, si me lo juras, no tendré más remedio que creerte —rezongó la pelirroja.

—¡Créelo, porque es verdad!

—Bueno, ¿y qué?

—¿Cómo que qué?

—Sí, ¿qué importa que Carrol nos haya sorprendido dándonos el pico?

—¿Te hubiera gustado a ti pillarme besándola a ella y acariciándole los pechos? — preguntó Alan.

—¡No!

—¡Pues a Carrol tampoco!

—¡Espera, Alan! —pidió Dorothy, porque el joven ya se marchaba.

—¡No!

—¿Adónde vas?

—¡A disculparme con Carrol!

—¿Disculparte?

—¡Sí, eso he dicho!
—¡Eres un hombre libre, Alan! ¡Puedes besarme y hacer conmigo lo que quieras sin necesidad de disculparte con nadie!
—¡No lo entiendes, maldita sea!
—¡Vuelve aquí, Alan! ¡Estoy en disco rojo, no puedes dejarme así!
—¡Te aconsejo que te des una ducha de agua fría! ¡O que te des un paseíto por los alrededores de la base! ¡Verás cómo desciende la temperatura de tu cuerpo!
La pelirroja dio una rabiosa patada en el suelo.

—¡Eso no tiene gracia, Alan!
Dexter no la oyó.
Había abandonado ya aquel sector de la base.

* * *

Carrol Tracy tenía veintitrés años de edad, el cabello rubio, y los ojos azules, preciosos de verdad. Solían mirar dulcemente, pero en aquellos momentos llameaban de furia, porque Carrol no podía olvidar lo que había visto.

—Y decía que estaba enamorado de mí, el muy hijo de... —masculló, con el rostro congestionado todavía—, No, no debo insultar a su madre, porque ella no tiene la culpa de haber traído al mundo al mayor de los sinvergüenzas.

Se encontraba en su cuarto.

Se había metido en él para que nadie la viera con aquella expresión de cólera infinita, porque hubiera tenido que dar explicaciones, y no quería darlas.

Estaba sentada en su cama y se mordía los puños con rabia, como si ellos tuvieran la culpa de lo sucedido.

De pronto, llamaron a la puerta.

Carrol saltó de la cama como impulsada por un poderoso muelle. Intuía que era Alan Dexter.

Por eso cogió el cepillo del pelo.

¡Y no para cepillarse su rubia melena, sino para atizarle con él al sinvergüenza de Alan en toda la cabeza!

Carrol abrió la puerta.

Efectivamente, era Alan Dexter.

—Carrol, he venido a explicarte lo que... —empezó a decir, con cara de circunstancias. No pudo seguir.

Carrol ya le estaba atizando con el cepillo del pelo. —¡No tienes que explicarme nada, so cerdo!

—¡Ay! —gritó Alan, mientras se protegía la cabeza con los brazos.
—¡Eres un puerco! ¡Un miserable! ¡Un gusano! —¡Carrol, por favor!
—¡Toma, bandido!
—¿Es que quieres abrirme la cabeza?
—¡Si!
Alan la abrazó de pronto, única manera de impedir que siguiera arreándole con el cepillo.
—¡Cálmate, Carrol!
—¡Suéltame, canalla! —rugió la joven, luchando por escapar de los fuertes brazos masculinos.
—¡Que nos van a oír!
—¡Que nos oigan, no me importa!

—¡Pues a mí, sí! —dijo Alan, y la empujó hacia el interior del cuarto, cerrando la puerta con el pie. Carrol también utilizó uno de los suyos.

El derecho, concretamente.

Y no para cerrar la puerta, sino para patear la espinilla zurda de Alan. El joven dio un grito.

Carrol le atizó otro doloroso puntapié, en la espinilla derecha, para que le dolieran las dos.

Alan gritó de nuevo.

—¡Me vas a dejar cojo, Carrol!

—¡Eso es lo que pretendo, reptil!

Con el fin de evitarse nuevos puntapiés, Alan empujó a la muchacha y la hizo caer de espaldas sobre la cama, quedando él encima de ella, aplastándola con su cuerpo.

Carrol forcejeó, pero nada pudo hacer para librarse de Alan.

—¡Apártate de mí, buitre!

—Lo haré si me prometes calmarte y no golpearme más.

—¡Te sacudiré hasta que me canse!

—Entonces, tendrás que escucharme así, sujeta y con mi cuerpo sobre el tuyo.

—¡Si no me sueltas, te escupo en la cara!

—¿Tengo cara de eso, de escupidera? —sonrió Alan.

—¡Sí!

—Vamos, Carrol, te ruego que aplaques tu furia. Sé que tienes motivos para estar furiosa, porque me viste besando a Dorothy y piensas que te mentí cuando te confesé que estaba enamorado de ti.

—¡Naturalmente que me mentiste!

—Te equivocas. Fui sincero, Carrol. Estoy enamorado de ti.

—¡Serás cínico!

—Te explicaré lo de Dorothy. Antes de llegar tú a la base, Dorothy y yo hacíamos el amor con regularidad. Yo no estaba enamorado de ella, pero necesitaba estar con una mujer de vez en cuando. Un hombre no puede pasarse meses y meses aquí, en la Antártida, sin tener una mujer en sus brazos de cuando en cuando. Lo comprendes, ¿verdad?

—¡No!

—Sí, claro que lo comprendes. Por eso seguiré con mis explicaciones. Dorothy es una mujer muy atractiva. Cuando llegó a la base, me dio facilidades y yo no desaproveché la ocasión de acostarme con ella. Sin embargo, no existe nada serio entre nosotros. Lo sé yo y lo sabe Dorothy. Por eso, cuando llegaste tú, dejé de verme con ella.

—Te apetecía cambiar de chica, ¿eh?

—No, por ti sentí desde el primer momento algo muy distinto, Carrol.

—¡Ja!

—Te juro que es verdad.

—¡Has intentado hacer el amor conmigo!

—Sí, es cierto.

—¡Y como no accedí, volviste de nuevo a Dorothy!

—No, estás equivocada. Desde que tú estás en la base, no he vuelto a hacer el amor con Dorothy. Ni siquiera la he besado.

—¿Y qué estabas haciendo cuando yo os sorprendí, aplicándole la respiración artificial?
—La estaba besando, pero lo hice porque...
—¡No sólo la estabas besando, sino que además le acariciabas los pechos!
—Ella me obligó.
—¿Que te obligó?
—Dorothy sospecha que he dejado de verla porque tú me gustas mucho más. Me siguió, para poder hablar a solas conmigo, y trató de recuperarme. Se subió el jersey, dejó visibles sus pechos desnudos, me cogió las manos y las puso sobre ellos, me besó, me mordisqueó los labios, me excitó con su lengua... Yo no quería besarla y acariciarla, pero no pude resistirlo más tiempo y acabé complaciéndola. Justo en ese momento, apa- reciste tú y toda mi excitación se esfumó al instante.
Dejé a Dorothy, a pesar de que ella no quería, y vine a explicártelo todo.
—Has perdido el tiempo, Alan.
—¿Por qué?
—Tus explicaciones no me han convencido.
—¿Crees que miento?
—Sí.
—Te quiero, Carrol.
—Lo único que quieres, es acostarte conmigo.
—También, pero no es lo único, sino consecuencia de lo otro. El deseo no tiene por qué ir ligado al amor, pero siempre que hay amor, hay también deseo. Esa es la diferencia, Carrol. La importante diferencia.
—Hablas muy bien, pero sigues sin convencerme.
—¿Qué puedo hacer para que me creas?
—Me temo que nada. Alan Dexter suspiró.
—Está bien, no insistiré —dijo, soltándole los brazos y apartándose de ella. Carrol Tracy continuó echada en la cama.
Vestía un jersey blanco, con franjas rojas, y un pantalón de pana, negro. A causa del forcejeo, el jersey se le había ido para arriba, dejándole al descubierto parte del estómago.

Alan, que vestía un jersey amarillo y un pantalón de lana, marrón, posó su mirada en el terso y suave estómago de la muchacha.

—¿Sabes que tienes un ombliguito delicioso, Carrol?

Ella emitió un gruñido y se estiró el jersey con brusquedad, levantándose seguidamente de la cama.

—Lárgate, Alan —ordenó.

—Si, ya me voy.

—Regresa con Dorothy.

—No, no voy a volver con ella, por el momento. Pero puede que lo haga dentro de poco, si tú continúas siendo tan injusta conmigo.

—¿Injusta?

—Sí, no está bien que me trates así, sabiendo que te quiero. Me has llamado de todo, me has llenado la cabeza de chichones con el cepillo del pelo, me has pateado las espinillas...

Y hasta estuviste a punto de escupirme en la cara.
—Tenía motivos, tú mismo lo dijiste.
—Pero ya no los tienes. Te lo he contado todo y ahora ya sabes que Dorothy no significa nada para mí.
—Eso es lo que tú dices, pero yo no estoy muy segura.
—Yo sí estoy seguro, Carrol —dijo Alan, y abandonó el cuarto de la muchacha, que quedó muy pensativa.

CAPITULO IV

Poco después de haber dejado el cuarto de Carrol Tracy, Alan Dexter se tropezaba con Walter Nicholson.

El jefe de la base antártica, visiblemente preocupado, dijo:

—Le andaba buscando, Dexter.

—¿Ocurre algo, profesor Nicholson?

—Bridges y Kelsey no han regresado.

—No tardarán en volver, tranquilícese.

—Temo que les haya ocurrido algo, Dexter.

—¿Por qué dice eso?

—Les he llamado por radio, pero no contestan.

—¿De veras?

—Sí, les he llamado tres o cuatro veces en la última media hora, pero ninguno de los dos responde.

Alan Dexter empezó a preocuparse también.

—¿Quiere que salga en su busca, profesor?

—Es lo que iba a pedirle, Dexter.

—Voy a equiparme.

—Llévese a Hobson y Yorkin con usted.

—De acuerdo.

—Cuando dé con Bridges y Kelsey, llámeme en seguida, Dexter.

—Descuide, profesor.

—Suerte.

—Gracias —sonrió levemente Alan, y corrió a equiparse.

* * *

Buddy Hobson y Chester Yorkin eran también dos tipos jóvenes, fuertes, y decididos. En cuanto Alan Dexter les dijo que tenían que salir los tres en busca de Norman Bridges y Robert Kelsey, dejaron lo que estaban haciendo y se equiparon también.

Minutos después, abandonaban la base.

Hobson y Yorkin conducían sendos trineos tirados por perros, mientras que Alan Dexter pilotaba una moto-esquí, lo que le permitiría inspeccionar previamente el terreno por el que luego pasarían tos dos trineos.

Hobson y Yorkin podían haber cogido también un par de moto-esquíes, pero era preferible llevar un par de trineos, para poder colocar en ellos a Bridges y Kelsey, caso de que se encontrasen heridos o inconscientes.

Ellos ignoraban, claro, que Bridges y Kelsey estaban muertos, aunque no descartaban tal posibilidad, porque todos conocían tos peligros que existían en tos hielos de la

ártida.

De hecho, algunas personas de la base habían perecido víctimas de accidentes o atacadas por tos feroces osos polares, desde que ésta había sido construida.

A pesar de todo, Dexter, Hobson y Yorkin confiaban en hallar con vida a Bridges y Kelsey, porque éstos eran dos expertos que sabían desenvolverse magníficamente en la helada superficie del continente antártico y cómo defenderse de los osos polares o de cualquier otra bestia peligrosa de los hielos.

Eran dos tipos valientes.

Y dos excelentes tiradores.

Por eso Dexter, Hobson y Yorkin no querían pensar que estuviesen muertos, sino simplemente lastimados o desvanecidos a causa de algún infortunado accidente.

Alan se destacaba con su moto-esquí tanto hacia la derecha como hacia la izquierda, escrutando zonas, bloques de hielo, montículo^ y hondonadas.

Chester y Buddy le seguían con sus trineos, que se deslizaban con rapidez sobre el hielo, aunque, lógicamente, no podían alcanzar la velocidad de una moto-esquí.

De pronto, al remontar una colina de nieve endurecida, Alan Dexter descubrió algo que le heló la sangre en las venas.

—Dios —musitó, estremecido.

Eran los trineos de Bridges y Kelsey.

¡Estaban

hechos

pedazos!

Los

perros

ya

no

ladraban.

No

podían

hacerlo.

¡También estaban hechos pedazos!

¡Los habían destrozado!

¡Era una espantosa carnicería!

¡El suelo era una gran mancha roja!

Alan Dexter había detenido su moto-esquí en lo alto de la colina de hielo al descubrir el horrendo espectáculo.

Buddy Hobson y Chester Yorkin, al ver que su compañero se paraba en la cima de la colina, adivinaron que había descubierto algo y el primero gritó:

—¿Qué sucede, Alan?
La voz de Hobson sacó a Dexter de su inmovilidad.
Puso de nuevo en marcha su moto-esquí, dio la vuelta, y descendió de la colina de hielo, parándose frente a los trineos.
—¡Alto!
Hobson y Yorkin obligaron a los perros a detenerse.

El segundo preguntó:
—¿Has encontrado algo, Alan?
Dexter, que ya estaba echando mano del rifle que llevaba a la espalda, respondió:
—Los trineos de Norman y Robert. Están tras esa colina. Destrozados, como los perros. Hobson se estremeció.
—¿Los perros también?
—Sí, están todos muertos. Se diría que fueron atacados por una familia entera de osos.

Yorkin tuvo también un claro estremecimiento.
—¿Y Norman y Robert? —preguntó.
—No están. Sin duda huyeron al verse atacados tan peligrosamente —respondió Dexter—, Hay un gran bloque de hielo a la derecha, a unos veinte o veinticinco metros. Quizá corrieron hacia allí, para protegerse.
—Lo comprobaremos —dijo Hobson.
—Sí, echemos un vistazo —habló Yorkin.
—Empuñad vuestros rifles. Debemos estar preparados, porque esa familia de osos, o lo que fuera, puede andar cerca, todavía —advirtió Dexter.
Hobson y Yorkin tomaron sus rifles. Dexter indicó:
—Yo remontaré nuevamente la colina y descenderé por el otro lado, mientras vosotros la rodeáis, uno por la derecha y el otro por la izquierda. ¿De acuerdo?
—Sí, Alan —respondió Hobson—. Yo pasaré por el lado derecho de la colina.
—Y yo, por el izquierdo —dijo Yorkin.
—Adelante, muchachos.
Alan puso en movimiento su moto-esquí, la hizo girar, y enfiló de nuevo hacia la colina de hielo.
Buddy y Chester le siguieron con sus trineos, al tiempo que se separaban, para rodear la colina uno por cada lado.
Alan remontó la colina, comprobó que todo seguía tranquilo, y descendió por el otro lado, directo hacia los destrozados trineos y los despedazados perros.
Se detuvo a sólo unos metros de la horrorosa carnicería.
Buddy y Chester llegaron con sus trineos y se detuvieron también, contemplando estremecidos el espantoso espectáculo.
—Jamás había visto nada igual —murmuró el primero.
—Ni yo —dijo el segundo.
Alan no hizo ningún comentario, pero pensaba igual que sus compañeros. Jamás había contemplado nada semejante.
Los perros tenían el vientre abierto y sus vísceras estaban esparcidas por el suelo. También tenían el cuello desgarrado, y algunos de ellos, incluso, tenían la cabeza separada del cuerpo.
En cuanto a los trineos...
Ni con un hacha hubieran quedado más destrozados. Alan desvió la mirada hacia el bloque

de hielo.
—Vamos, muchachos —dijo, con voz ronca, al tiempo que ponía en funcionamiento su moto-esquí.
Buddy y Chester pusieron también sus trineos en movimiento.
Los perros ladraban, entre nerviosos y asustados, pero esto parecía lógico, después de ver despedazados a los perros de los trineos de Norman y Robert, por lo que Alan, Buddy y Chester no pensaron que pudiera deberse a cualquier otro motivo.
De todos modos, ellos no se confiaban. Tenían los rifles prestos.
Ya estaban llegando al gran bloque de hielo.

Como Alan iba delante, fue el primero en rodearlo con su moto-esquí. Y fue, también, el primero en descubrir los cadáveres de Norman Bridges y Robert Kelsey.

—Oh, cielos, no —murmuró, parando la moto- esquí.

Buddy llegó tras él, con su trineo, y se detuvo también, igualmente horrorizado, porque las heridas que Norman y Robert tenían en el cuello eran como para desmayarse de la impresión.

—¡Qué horror! —exclamó.

Chester tenía que aparecer por el lado opuesto del bloque de hielo, pero no apareció, porque había sido atacado por la horripilante criatura que acabara con las vidas de Norman Bridges y Robert Kelsey.

CAPITULO V

El monstruoso ser había permanecido oculto en lo alto del bloque de hielo, presto a atacar a los tres hombres que habían venido en busca de los dos que él asesinara.

Chester Yorkin tuvo la desgracia de que aquella especie de poderosa bestia antártica le eligiera en primer lugar, y sobre él cayó súbitamente, en felino salto.

El monstruo de los hielos rugió mientras se lanzaba desde lo alto del bloque de nieve endurecida, pero Chester Yorkin no tuvo tiempo de apuntarle con su rifle y apretar el gatillo.

El horroroso ser lo derribó violentamente y le hizo perder el arma.

—¡Alan! ¡Buddy! —chilló Chester, mientras los perros ladraban con más fuerza y saltaban como locos, aterrorizados por la cercana presencia del gigantesco animal antártico.

El pobre Chester no pudo empuñar su revólver ni su cuchillo, porque la garra derecha del horrible ser cayó sobre su garganta y se la desgarró hasta casi la nuca, haciendo brotar un torrente de sangre.

Fue como si lo decapitaran.

Chester Yorkin no llegó a emitir grito alguno.

Lo único que había podido hacer, era llamar a sus compañeros, pero éstos, desgraciadamente para él, no pudieron llegar a tiempo.

Y eso que Alan Dexter había puesto inmediatamente en marcha su moto-esquí, para acudir lo antes posible en ayuda de su compañero. Pero, cuando rodeó el bloque de hielo, Chester Yorkin era ya cadáver.

Los perros seguían ladrando y brincando, como enloquecidos, pero la bestia que había asesinado a Chester se había ocultado de nuevo.

Alan vio que los canes miraban hacia lo alto del bloque de hielo y él hizo lo propio, con el rifle preparado.

Justo en aquel momento, llegaban Buddy Hobson con su trineo.

Y entonces fue cuando Alan Dexter vio por primera vez al escalofriante ser.

Acababa de surgir en lo alto del bloque de hielo, dando uno de sus poderosos rugidos, y ya se lanzaba sobre el trineo que conducía Buddy Hobson.

—¡Salta, Buddy! —gritó Alan, y disparó sobre la monstruosa fiera.

No falló, pero el impacto apenas hizo mella en el increíble ser, cuya piel parecía ser tan dura como la del rinoceronte.

Por fortuna, Buddy hizo caso a Alan y saltó del trineo, rodando por el hielo como una pelota.

La aterradora bestia cayó sobre el trineo, pero cuando ya estaba vacío. Alan le disparó de nuevo, pero ocurrió lo de antes.

Las balas no conseguían perforar la dura piel del animal, del ser humano, o del monstruo, lo que fuera. Era como disparar contra una coraza de acero.

Los proyectiles no podían atravesarla y alcanzar sus órganos vitales, aunque sí enfurecer al increíble ser, que algún dolor debía sentir cuando recibía un impacto, porque rugía tras

cada disparo.

Y lo demostró olvidándose de Buddy Hobson y atacando a Alan Dexter. Saltó del trineo de Buddy de forma fantástica.

Como si tuviera alas.

Su agilidad, desde luego, era algo portentoso.

Por suerte. Alan tenía unos reflejos fabulosos e hizo arrancar su moto-esquí en una fracción de segundo, apartándose del lugar que ocupaba en ese momento.

El monstruo de los hielos se estrelló contra el suelo y el fallo le hizo rugir de nuevo con rabia.

Los perros del trineo del degollado Chester le atacaron, al verlo caer tan cerca de ellos. Pobres canes.

La bestia antártica los destrozó en un abrir y cerrar de ojos, desgarrando sus cuellos, abriendo sus vientres, arrancándoles las vísceras con sus garras de acero.

Alan, convencido ya de que los disparos de su rifle no podían abatir al monstruoso ser, se acercó a Buddy Hobson con su moto-esquí e indicó:

—¡Sube, Buddy!

Hobson brincó del suelo y saltó detrás de Dexter, a cuya espalda se agarró con fuerza.

La fiera antártica, que ya había acabado con los perros del trineo de Chester Yorkin, se lanzó sobre Alan Dexter y Buddy Hobson, dando uno de sus fantásticos saltos.

Buddy la vio volar hacia ellos y chilló:

—¡Arranca, Alan!

Dexter lanzó la moto-esquí hacia adelante y el monstruo de la Antártida volvió a fallar, estrellándose estrepitosamente contra el duro y helado suelo.

Los perros del trineo de Buddy Hobson cometieron el mismo error que los del trineo de Chester Yorkin. Atacaron al temible ser, viéndolo caído cerca de ellos, y eso los llevó a todos a la muerte en unos instantes.

La bestia antártica, terriblemente furiosa por sus últimos fallos, la emprendió a zarpazos con los canes y los degolló y destripó a todos, llenando el suelo de sangre y de vísceras.

Alan Dexter había detenido su moto-esquí unos diez o doce metros más allá. Al ver que aquella horrible «cosa» asesinaba cruelmente a los pobres perros, se echó el rifle a la cara y efectuó varios disparos, aun sabiendo que muy poco daño le iba a hacer a la pode- rosa fiera antártica.

El monstruoso ser se volvió hacia ellos, rugiendo, porque los impactos le enfurecían y le escocían.

—¡Viene hacia nosotros, Alan! —aulló Buddy Hobson, absolutamente aterrado.

Dexter se olvidó de los disparos y puso velozmente la moto-esquí en movimiento, alejándose a toda prisa del lugar.

Nada podían hacer ya por Chester Yorkin. Ni por Norman Bridges y Robert Kelsey. Los tres estaban muertos. Horriblemente degollados. Como los pobres perros.

Lo más sensato era regresar a la base e informar personalmente al profesor Nicholson. No estaban preparados para luchar contra un ser poderoso y tan resistente como aquél.

Necesitaban algo más que unos simples rifles para acabar con él.

* * *

Carrol Tracy había abandonado ya su cuarto, bastante menos furiosa que cuando se introdujera en él, porque había reflexionado largamente tras la marcha de Alan Dexter, llegando a la conclusión de que éste no era tan sinvergüenza como ella pensaba.

Ahora pensaba que Dorothy Evans era bastante más sinvergüenza que él.

Y, mira por donde, Carrol se encontró con la pelirroja poco después de haber salido de su cuarto.

Sucedió en un corredor.

Las dos mujeres se detuvieron y se miraron con serenidad.

—Me alegro de encontrarte, Carrol —dijo Dorothy.

—¿De veras?

—Sí, porque quena hablar contigo.

—¿Sobre qué?

—¿No te lo imaginas?

—No —mintió Carrol, porque de sobra sabía que la pelirroja deseaba hablarle de Alan Dexter.

—Se trata de Alan —dijo Dorothy.

—¿Qué pasa con Alan?

—Es cosa mía, Carrol.

—¿Estás segura?

—Viste cómo me besaba, ¿no?

—A mí también me ha dado algunos besos. Y sin necesidad de levantarme el jersey, para excitarle con la visión de mis pechos desnudos.

Dorothy Evans pareció recibir una bofetada.

—Alan te lo ha contado, ¿eh?

—Sí, con pelos y señales.

—No me importa. La realidad es que Alan y yo hemos hecho muchas veces el amor, que él me sigue deseando, y que yo también lo deseo a él, así que no te metas de por medio, Carrol.

—Yo no me he metido de por medio, Dorothy. Llegué a la base, Alan se fijó en mí, me habló, me besó, y a mí me gustó que me besara, porque es un tipo apuesto y simpático. Además, yo no sabía que Alan y tú mantuvierais relaciones íntimas.

—Pues ya lo sabes.

—¿Y qué quieres que haga?

—Que dejes a Alan en paz.

—Es él quien me busca, Dorothy. Si no quieres que me vea, prohíbeselo. Aunque me temo que no te hará caso.
La pelirroja apretó los dientes.

—Crees haberlo conquistado, ¿eh?

—Bueno, no sé si lo he conquistado o no. Lo que sí puedo decirte, es que Alan está deseando hacer el amor conmigo. Y que no lo ha hecho contigo desde que yo llegué a la Antártida.

Dorothy Evans enrojeció de ira.

—Esta noche volveré a tener a Alan en mis brazos, Carrol.

—Eso será si decido no tenerlo yo en los míos —respondió Carrol Tracy, con burlona sonrisa.

La pelirroja apretó los puños.

—¡No conseguirás arrebatármelo, maldita! Carrol se echó a reír.

—No estés tan segura, Dorothy —contestó, y se alejó por el corredor, seguida por los llameantes ojos de la pelirroja, cuya furia no tenía límites en aquellos momentos.

CAPITULO VI

Alan Dexter y Buddy Hobson llegaron a la base, se despojaron de las armas, de las prendas de abrigo y de las gafas especiales, y fueron rápidamente en busca de Walter Nicholson.

El jefe de la base antártica dialogaba en aquellos momentos con el doctor Wiler, que se veía tan preocupado como él. Ambos se hallaban junto a la radio, esperando con ansiedad que Alan Dexter utilizara su transmisor y les comunicara que habían encontrado a Norman Bridges y Robert Kelsey.

Al ver aparecer a Alan Dexter y Buddy Hobson, sin que se hubiera producido la esperada llamada, el profesor Nicholson y el doctor Wiler quedaron un tanto desconcertados.

Pensaban que no habían encontrado a Bridges y Kelsey, pero al propio tiempo se decían que Dexter, Hobson y Yorkin habían regresado a la base demasiado pronto, y no entendían que hubieran abandonado la búsqueda de sus dos compañeros.

Por otro lado, las expresiones de Alan Dexter y Buddy Hobson eran de lo más preocupantes. Denotaban asombro, perplejidad, alarma, horror...

Walter Nicholson y Shaw Wiler cambiaron una mirada. Después, el jefe de la base, casi con temor, preguntó:

—¿No han encontrado a Bridges y Kelsey, Dexter?

—Sí, los hemos encontrado, profesor —respondió Alan, gravemente.

—¿Y por qué no me llamó?

—No me dio tiempo.

—¿Cómo es eso?

—Buddy y yo tuvimos que salir huyendo.

—¿Buddy y usted?

—Sí.

—¿Y Chester Yorkin?

Alan y Buddy se miraron un instante. Después, el primero comunicó:

—Chester ha muerto,

profesor.
Walter
Nicholson se
quedó
helado.
También el doctor Wiler sintió un repentino ataque de frío.
—¿Muerto, dice? —murmuró el médico.
—Así es, doctor. Y Buddy y yo nos
salvamos por los pelos. El jefe de la
base tomó la palabra de nuevo:
—¿Qué pasó, Dexter?
—Encontramos los trineos de Bridges y Kelsey, destrozados. Los perros estaban muertos. Destripados. Degollados. Algunos tenían incluso la cabeza separada del cuerpo.
El profesor Nicholson y el doctor Wiler se estremecieron hasta la médula. Alan Dexter continuó:
—No lejos de allí, había un gran bloque de hielo. Tras él, hallamos los cuerpos de

Bridges y Kelsey. Tenían la garganta horriblemente destrozada. Entonces, el monstruo atacó a Yorkin.

Walter Nicholson y Shaw Wiler respingaron a dúo.

—¿Monstruo? —exclamaron ¡os dos ai mismo tiempo.

—Si, ésa es la expresión que mejor define al escalofriante ser que se ocultaba en lo alto del bloque de hielo, porque tiene tanto de animal como de hombre, puesto que tiene brazos, piernas, tronco, dos ojos, nariz, boca, orejas... Camina erguido, como los seres humanos, pero salta como las fieras. Posee una agilidad asombrosa y una resistencia increíble. Le disparé varias veces con mi rifle, pero tiene la piel tan gruesa y tan dura, que las balas parecían rebotar en su blanco cuerpo.

El jefe de la base, con ojos dilatados, murmuró:

—¿Tiene el cuerpo blanco?

—Sí, totalmente blanco, desde la cabeza a los pies. Es un ser gigantesco, ya que mide alrededor de dos metros y medio. Su cabeza es monstruosa, lo mismo que su cara. Tiene los ojos redondos y salidos, y parecen despedir fuego cuando se enfurece. Las orejas son grandes y puntiagudas. Los labios, muy gruesos. Sus dientes son terroríficos. Auténticos colmillos. En cuanto a sus manos, enormes, son dos poderosas garras, capaces de destrozar cualquier cosa. Con ellas despedazó a los perros de los trineos de Chester y Buddy, después de destrozarle la garganta a Chester. Buddy y yo nos salvamos gracias a la moto-esquí. Si yo hubiera llevado también un trineo, ahora estaríamos tan muertos como Chester, Norman y Robert, porque no hubiéramos podido escapar de las temibles garras del monstruo. Es increíblemente veloz. Y como los disparos de rifle no hacen mella en él...

Sobrevino un silencio.

El profesor Nicholson y el doctor Wiler estaban tan asombrados y tan impresionados por las palabras de Alan Dexter, que no sabían qué decir.

Tres hombres muertos.

Horriblemente asesinados por un ser gigantesco y monstruoso, mitad hombre y mitad bestia, que cualquiera sabía de dónde había salido y cómo se había formado, porque nadie tenía noticia de que en los hielos de la Antártida existiese una criatura semejante.

Poderosa.

Cruel.

Sanguinaria.

Alan Dexter rompió el silencio,

diciendo:

—Tenemos que acabar con ese monstruo de las nieves, profesor Nicholson. Pero, para ello, necesitamos otra clase de armas. Los rifles no son efectivos en este caso, como tampoco lo son los revólveres y los cuchillos.

—¿Y qué podemos utilizar contra él, Dexter? —preguntó el jefe de la base.

—Mientras regresábamos a la base, venía pensando en ello. Y creo que tengo la solución, profesor. Le atacaremos con cartuchos de dinamita. Y por si logra acercarse demasiado a nosotros, llevaremos los dos lanzallamas que solemos utilizar para fundir los bloques de hielo. No creo que ese horrible ser resista el fuego. Es una criatura de los hielos, acostumbrada al frío. Y, en consecuencia, el calor debe ser su mayor enemigo. Si se aproxima a nosotros, le lanzaremos unas cuantas llamaradas y lo abrasaremos.

—Dexter tiene razón, profesor Nicholson —opinó Shaw Wiler—, Con los cartuchos de

dinamita y los lanzallamas se puede acabar con ese increíble ser.

—De acuerdo, le atacaremos con eso —asintió Walter Nicholson —. Pero ya no podrá ser hasta mañana.

—Sí, es tarde ya para ir en busca del monstruo —respondió Alan Dexter—. Saldremos por la mañana.

—Si continúa en ese bloque de hielo, daremos con él en seguida —habló Buddy Hobson—. Pero, si ha cambiado de lugar, nos costara trabajo encontrarle.

—Confiemos en que siga allí, Buddy —repuso Alan.

El profesor Nicholson se mesó nerviosamente el cabello.

—¿De dónde habrá surgido un ser tan horroroso como ése? —se preguntó.

—De cualquier parte, profesor —respondió Alan—. La Antártida es inmensa y hay muchas zonas inexploradas, usted lo sabe. Ignoramos lo que hay en esas regiones, y lo seguiremos ignorando mientras no consigamos poner los pies en ellas y las recorramos metro a metro. De cualquiera de esas regiones ha podido surgir esa bestia asesina.

—Ojalá se hubiera quedado en ella — rezongó Hobson—. Si no hubiera salido de allí.

Norman, Robert y Chester seguirían vivos.

Alan le puso la mano en el hombro y se lo apretó.

—Los vengaremos, Buddy, no te preocupes. Acabaremos con ese monstruo sanguinario, ya lo verás.

Walter Nicholson aconsejó:

—Retírense pronto a descansar esta noche, muchachos. Mañana será un día muy duro para todos.

—Sí, profesor —respondió Alan, y él y Buddy se alejaron.

CAPITULO VII

Dorothy Evans había estado pendiente del regreso de Alan Dexter. Sabía que había salido, junto con Buddy Hobson y Chester Yorkin, en busca de Norman Bridges y Robert Kelsey. Y sabía, también, que sólo habían vuelto Alan y Buddy.

La pelirroja estaba deseando saber lo sucedido, y aguardaba a que Alan y Buddy acabasen de informar al profesor Nicholson, para abordar a Alan.

En cuanto lo vio venir, acompañado de Buddy, salió a su encuentro y lo cogió del brazo.

—Quiero hablar contigo, Alan.

—Os dejo, pues —dijo Buddy, y se alejó.

Dorothy esperó a que Buddy Hobson se perdiera de vista y entonces preguntó:

—¿Qué ha pasado, Alan?

—¿Con Bridges y Kelsey?

—Y con Yorkin. Sé que salió con Hobson y contigo, y que habéis vuelto sin él.

—Han muerto los tres, Dorothy. La pelirroja dio un fuerte respingo.

—¿Qué? —exclamó, sin poderlo creer.

Dexter le contó lo sucedido, sin entrar demasiado en detalles, para no horrorizarla aún más.

Dorothy Evans, pálida, murmuró:

—Es espantoso.

—Mañana, temprano, saldremos en busca de ese horrible ser y acabaremos con él.

—¿Estás seguro de que podréis...?

—Desde luego.

La pelirroja le apretó el brazo.

—Temo por ti, Alan.

—Tranquila, no me sucederá nada —aseguró Dexter, sonriendo, al tiempo que le pellizcaba suavemente la barbilla.

Ella sonrió también, con algo de malicia.

—¿Por qué no me has pellizcado un poco más abajo?

Dexter se puso serio.

—No empecemos, Dorothy.

—¿Te ha molestado lo que he dicho?
—Sí, porque no están las cosas como para pensar en erotismos.
—Vendrás esta noche a mi cuarto, ¿verdad?
—No.
—¡Me lo prometiste, Alan!
—Es cierto. Pero, cuando lo hice, no sabía que Norman y Robert habían muerto. Ni que Chester iba a morir también. Comprenderás que, después de lo sucedido...
—¿Crees que yo no siento su muerte?
—Sí, sé que lo sientes. Por eso me sorprende que tengas ganas de juerga. La pelirroja apretó los labios.

—No tengo ganas de juerga, Alan. Lo único que quiero, es hacer el amor contigo. Han pasado muchos días ya, desde la última vez, y echo de menos tus besos y tus caricias. Norman, Robert y Chester no volverán a la vida porque tú y yo no nos amemos esta noche.
—Lo sé, pero...
—¿Le dirías a ella que no?
—¿A quién?
—Carrol Tracy.
Dexter esbozó una sonrisa.
—A Carrol no tendré necesidad de decirle que no, porque ella no me pedirá que acuda a su cuarto.
—¿Estás seguro?
—Está de uñas conmigo. Y lo está por tu culpa. Si no te hubieras empeñado en que te besara y te acariciara.
—Las mujeres perdonamos con mucha facilidad.
—Carrol, no. Cuando fui a disculparme, estaba tan furiosa que me atizó en la cabeza con el cepillo del pelo, me pateó las espinillas, y casi me escupe en la cara. No quiere saber nada de mí, así que puedes estar tranquila, porque en este momento soy el último hombre del mundo con el que ella se acostaría.
—Puede que haya cambiado de idea, Alan.
—No, sé que no.
—¿Y lo sientes?
—Naturalmente. Me disgusta que Carrol esté enfadada conmigo. Como me disgustaría que lo estuvieras tú, Dorothy. Quiero llevarme bien con las dos.
—Es peligroso jugar con dos barajas, ¿sabes?
—Seguiremos hablando en otro momento, Dorothy.
—¿Cuándo nos veremos a solas, Alan?
—Tal vez mañana —respondió Dexter, y se separó de la pelirroja, alejándose con paso ligero.

* * *

Aquella noche, a los pocos minutos de haberse retirado a su cuarto, Alan Dexter oyó que llamaban a la puerta y pensó inmediatamente en Dorothy Evans.
—Seguro que viene a insistir —rezongó, colocándose el jersey de nuevo, porque había empezado ya a desvestirse.
Cuando abrió la puerta, se llevó una buena sorpresa, porque no era la ardiente pelirroja, sino Carrol Tracy.
—¡Carrol!

—¿Por qué pones esa cara?
—Pensé que...

—Que era Dorothy, ¿no?

—Sí.

—Pues lo siento por ti, pero soy yo —dijo Carrol, y se coló en el cuarto de Alan sin esperar a que éste la invitara a pasar.

Dexter, cada vez más sorprendido, cerró la puerta y se volvió hacia la muchacha. Se quedó mirándola, en silencio.

Carrol Tracy cruzó los brazos sobre su pecho y dijo:

—Te estás preguntando qué hago en tu cuarto, ¿verdad?

—Pues, sí —confesó Alan.

—He venido a vigilarte.

—¿Vigilarme?

—Hablé con Dorothy poco después de que te marcharas, ¿sabes?

—¿Ah, sí?

—Me dijo que tú eras cosa suya.

—¿Y qué le respondiste tú?

—Que eras cosa de las dos.

—Vaya —carraspeó Alan.

—Dorothy me aseguró que esta noche volvería a tenerte en sus brazos.

—Y tú quieres impedirlo, ¿no?

—Exacto.

—Te has tomado la molestia en vano. Carrol.

—¿Qué quieres decir?

—Pues, que ni Dorothy va a venir a mi cuarto, ni yo voy a ir al de ella.

—¿Seguro?

—Hablé con Dorothy cuando regresé a la base, me pidió que fuera esta noche a su cuarto, y le dije que no.

—¿Y se conformó?

—No, insistió bastante, pero no logró convencerme.

—¿No sé levantó el jersey esta vez?

—No —sonrió de nuevo Dexter.

—De todos modos, me quedo. Dorothy es capaz de venir, y tú lo sabes. Prueba de ello es que pensaste que era ella, cuando me oíste llamar. Lo confesaste.

Dexter se cruzó también de brazos.

—No puedo creerlo, Carrol.
—¿El qué?
—Que estés dispuesta a pasar la noche en mi cuarto.
—No he venido a pasar la noche. Sólo estaré un par de horas.
—¿Y qué esperas que hagamos, en esas dos horas?
—Podemos jugar al ajedrez.
—No tengo.
—Pues a las cartas.
—Tampoco tengo baraja.
—¿Y dominó?
—No.

—¿Dados?
—No.
—¿Parchís?
—No.
—¡Jugaremos a la Oca!
—Y beso porque me toca —respondió Alan.
Y la besó, porque ya la tenía en sus brazos.
Se había acercado lentamente a ella, mientras respondía negativamente a sus preguntas, lo cual había puesto nerviosa a Carrol. De ahí que hubiera dicho lo de jugar a la Oca casi gritando, pues justo en ese momento se veía rodeada por los brazos de Alan.
Carrol forcejeó, pero muy poco.
En realidad, deseaba que Alan la besara.
Y que la besara contra sí, como lo estaba haciendo.
Cuando separaron sus bocas, que fue casi tres minutos después, Carrol preguntó:
—¿Tienes el juego de la Oca, Alan?
—Sí —mintió Dexter.
—Pues olvídate de él —sonrió Carrol, y ahora fueron sus labios los que buscaron el contacto con los de Alan.

CAPITULO VIII

Oliver Cort se estaba fumando un cigarro, cómodamente sentado en una silla. Contaba treinta y ocho años de edad, y tenía a su cargo el cuidado de los perros que tiraban de los trineos.

Desgraciadamente, ahora quedaban muy pocos perros que cuidar. El monstruo de los hielos los había matado casi todos.

Oliver sentía que una sorda rabia le corroía las entrañas, porque le gustaban los perros y había llegado a encariñarse con los animales que tenía a su cargo, pues todos ellos eran unos perros magníficos, llenos de vitalidad y energía, obedientes, nobles, cariñosos.

No se merecían el fin que habían tenido, asesinados por la feroz bestia antártica, degollados, destripados, incluso decapitados, algunos de ellos.

Por eso, más que fumarse el cigarro, Oliver lo mascaba, porque no dejaba de pensar en los perros despedazados por el monstruo y sanguinario ser, que también había asesinado a Norman, Robert y Chester.

De ahí que, aunque repantigado en la silla, todos sus músculos estuviesen en tensión y sus ojos, fijos en ninguna parte, tuviesen un brillo acerado.

Oliver Cort era un tipo alto y robusto, de manos grandes y fuertes, cuello de res, y espaldas muy anchas. Por eso, aunque le habían hablado de la extraordinaria fortaleza del monstruo de los hielos, no le asustaría encontrarse con él.

Es más, le gustaría.

Con la furia que sentía en aquellos momentos, y que a duras penas podía controlar, Oliver se creía capaz de enfrentarse al monstruo y estrangularlo con sus musculosas manos.

Instintivamente, las manazas de Oliver Cort se abrieron, simularon aprisionar un cuello invisible, y empezaron a cerrarse, como si estuvieran estrangulando a alguien.

Y así era.

Oliver estaba estrangulando a la bestia antártica, aunque sólo fuera con el pensamiento. Así, con su imaginación, vengaba a Norman, Robert y Chester, y a los pobres perros.

De pronto, los perros comenzaron a ladrar.

Ello hizo volver a la realidad a Oliver, que se levantó en el acto de la silla y se asomó a la ventana, desde la que podía verse el cobertizo en el que se cobijaban los pocos perros que quedaban en la base estadounidense.

Oliver se había quitado el cigarro de

entre los dientes. Escrutó los alrededores, pero no vio nada.

Sin embargo, los perros seguían ladrando. Parecían nerviosos.

Asustados.

Oliver, que los conocía bien, sabía que ellos sí habían visto algo. Podía ser un oso.

En más de una ocasión se había acercado alguno a la base, y Oliver había tenido que salir a ahuyentarlo con los disparos de su rifle, o darle muerte, si el oso no se largaba.

Esta vez, sin embargo, Oliver no pensó en un oso, sino en el monstruo de los hielos,

quizá porque era lo que en aquellos momentos tenía en su imaginación.
¿Habría tenido la osadía de aproximarse a la base?
¿Es que no tenía bastante con tres hombres muertos y un montón de perros destrozados?
¿Aún quería causar más daño?
¿Seguiría sediento de sangre?
Oliver Cort, sin dudarlo un segundo más, arrojó el cigarro al suelo, se enfundó el chaquetón de piel encima del grueso jersey, se puso los guantes de lana, y cogió su rifle. No, no había olvidado que los disparos no hadan mella en el monstruo, debido al grosor y dureza de su piel, pero estaba seguro de que un tremendo culatazo en pleno rostro sí lo acusaría.
Y un duro golpe con el cañón, en los dientes, también.
Y Oliver estaba dispuesto a darle ambas cosas, si realmente se trataba de la bestia asesina, antes de atenazarle el gaznate y obligarle a sacar un palmo de lengua.
¡Por Cristo que lo haría!
Oliver salió rápidamente de la base y fue hacia el cobertizo de los perros, que no paraban de ladrar, demostrando su nerviosismo.
A pesar de ello, Oliver continuó sin descubrir nada.
Ni veía al monstruo, ni veía oso alguno, ni veía ningún otro animal que pudiera provocar la inquietud de los perros.
Pero tenía que haber algo.
Los perros lo habían visto y él también lo vería.
Cautelosamente, Oliver alcanzó el cobertizo y empezó a rodearlo, porque el monstruo de los hielos, o lo que fuera, podía estar oculto tras él.
Y, efectivamente, estaba oculto allí.

* * *

Era
el
monstruo.
La
bestia
antártica.
El ser sanguinario y asesino.
Había surgido de pronto frente a Oliver Cort, dando un rugido aterrador.
Otro hombre menos valiente se hubiera puesto a temblar como una

hoja, y no precisamente de frío, a pesar de que hacía mucho, pero Oliver tenía más agallas que nadie y no se dejó impresionar por los casi dos metros y medio de estatura de aquel ser de cuerpo blanco, mitad hombre y mitad animal, horrible, monstruoso.

Oliver había deseado tenerlo frente a sí. Y frente a sí lo tenía.

—¡Yo te daré tu merecido, bestia asesina! —rugió, sin dispararle, porque sabía que no serviría de nada.

El monstruo disparó su zarpa derecha, buscando la garganta de su nueva víctima, pero

Oliver se agachó con rapidez y la poderosa mano de la bestia sólo desgarró la fría atmósfera del continente antártico.
Oliver contraatacó con celeridad, consciente de que sólo así lograría sorprender al espeluznante ser.
Y lo consiguió.
Había agarrado su rifle por el cañón, con las dos manos.
Y, con toda la fuerza de que era capaz, proyectó la culata del arma hacia la horrible cara del monstruo, alcanzándole de lleno en su bocaza.
Mucho daño debió hacerle, porque la bestia antártica rugió de un modo distinto y se llevó ambas manos a la cara.
—Duele, ¿eh? —dijo Oliver, y le atizó un segundo culatazo al monstruo, pillándole los dedos de su mano izquierda.
También debió de hacerle daño, porque el ser rugió de nuevo, de la misma forma que antes, y retiró ambas manos de su rostro.
Oliver pudo ver entonces que el monstruo sangraba por la boca. Tenía los labios partidos.
Se fijó también en sus ojos.
¡Se habían convertido en dos auténticas bolas de fuego!
Era la furia de la bestia, que le salía por sus horribles órganos visuales.
Oliver siguió sin dejarse impresionar y le atacó nuevamente con la culata de su rifle, buscándole ahora sus encendidos ojos. Si conseguía dejar tuerto al monstruo, le sería más fácil derrotarle y acabar con él.
Desgraciadamente, el ser movió velozmente su garra derecha y atrapó el arma antes de que la culata se estrellase de nuevo en su cara, arrebatándosela de un tirón a Oliver.
Este dio un salto hacia atrás.
—¡Maldito! —barbotó.
La bestia partió el rifle en dos, como si partiera un barquillo, y arrojó ambos pedazos muy lejos, lanzando un rugido ai propio tiempo.
Después, saltó sobre Oliver.
Este se arrojó al suelo, por su izquierda, y consiguió burlar al monstruo, que cayó sobre el hielo.
Al verlo así, echado de bruces, Oliver gritó:
—¡Ya eres mío, engendro del demonio!
Se lanzó sobre la espalda del monstruo y le cercó el cuello con su brazo derecho. Empezó a apretar.
Con todas sus fuerzas.
El monstruo dio un rugido de cólera y se irguió de un salto. Oliver no lo soltó.
Siguió montado a su espalda, y para que la bestia no pudiera quitárselo de encima, le rodeó la cintura con sus piernas.

—¡No te será fácil librarte de mí, monstruo de los infiernos! —dijo, apretándole más y más el cuello.

El gigantesco ser levantó los brazos y echó las manos hacia atrás, buscando la cabeza de Oliver, pero no pudo atraparlo. Luego, rabioso, intentó arrancar de su cuello el brazo del

hombre que trataba de estrangularle.

Las garras del monstruo destrozaron primero la manga del chaquetón, luego el jersey y la camiseta, y después la carne.

Oliver aulló al sentir las duras y afiladas uñas de la bestia clavarse en su antebrazo y desgarrarle la carne hasta el hueso. El dolor era tan intenso, que ya no pudo seguir apretando el cuello del monstruo.

La bestia le desgarró también los muslos, causándole unas heridas tremendas, por las que fluía la sangre a borbotones.

Oliver no pudo resistir más y soltó el cuello del monstruo, cayendo al suelo, sin fuerzas para levantarse.

La bestia se revolvió y se arrojó sobre él.

Oliver chilló, pero su grito se cortó en seco cuando una de las garras del monstruo cayó sobre su garganta y se la destrozó, causándole la muerte.

CAPITULO IX

Alan Dexter seguía teniendo entre sus brazos a Carrol Tracy, cuya boca besaba con avidez, complaciéndole que también los labios de la muchacha se mostrasen muy activos.

Cuando se tomaron un respiro, Alan la miró a los ojos y preguntó:

—¿Ya no estás enfadada conmigo, Carrol?

—Un poco, todavía.

—¿Qué es lo que aún no me has perdonado?

—Que te dejaras tentar por la zorra de Dorothy.

—Si hubieras visto cómo me resistí.

—Pero finalmente caíste.

—No volverá a suceder, te lo prometo.

—No estoy muy segura. Sé que Dorothy recurrirá a todo, con tal de recuperarte. Y los hombres sois tan débiles, cuando de luchar contra los encantos de una mujer se trata.

Dexter la apretó contra sí.

—Los únicos encantos que a mí me interesan, son los tuyos.

—¿Estás seguro?

—¿Cómo puedes dudarlo?

—Bueno, te has limitado a besarme y abrazarme.

—¿Qué quieres decir?

—Pues, que voy a tener que hacer lo mismo que esa desvergonzada de Dorothy. Levantarme el jersey, para que me acaricies.

Dexter rió.

—Tú no necesitas tentarme mostrándome tus pechos, Carrol. Toda tu persona, aun vestida, es una tentación para mí. Si no he intentado acariciarte, es porque temía que lo interpretaras mal. Comprende que, después de la discusión que tuvimos, y de todo lo que me llamaste...

—Perdóname, Alan —rogó la joven—. Estaba tan furiosa que no sabía lo que decía ni lo que hacía.

—Está olvidado, no te preocupes. Aunque me siguen doliendo las espinillas y tengo varios chichones en la cabeza.

Ahora fue Carrol la que rió.

—¿De veras?

—Tócame y lo comprenderás.

Carrol le palpó la cabeza.

—Te compensaré por cada chichón, te lo prometo.
—¿Cómo?
—Con un beso.
—¿Dónde? —preguntó Alan, deslizándole ya las manos por debajo del jersey.
—Donde tú desees dármelos —respondió Carrol, con picara sonrisa.
Alan la empujó con suavidad y la hizo caer sobre la cama, tendiéndose él junto a ella. La besó en los labios, mientras le levantaba el jersey, hasta dejarla con los senos al aire.

Unos senos erectos, duros, cálidos, que se estremecieron cuando las manos de Alan los acariciaron y los oprimieron dulcemente. Segundos después, eran sus labios los que se posaban en los bellos senos de la muchacha, besándolos una y otra vez.

Carrol gimió de placer y cogió la cabeza de Alan con ambas manos, apretándola contra su desnudo busto.

—Oh, Alan, cariño...

Dexter, sin dejar de besarle y acariciarle los pechos, le desabrochó el pantalón, con intención de despojarla de él, porque deseaba hacer el amor con Carol y sabía que ella también lo deseaba.

La muchacha, efectivamente, permitió que Alan le quitara el pantalón y le acariciara los muslos, aumentando su placer y haciendo crecer su excitación.

Poco después, Alan empezaba a tirar del blanco pantaloncito de nilón, sin que tampoco Carrol protestara.

Y fue precisamente entonces, cuando ya parecía inevitable que Alan y Carrol uniesen sus cuerpos por primera vez y gozasen el uno del otro, cuando sonaron unos golpes en la puerta.

Alan interrumpió su acción y levantó la cabeza, mirando a Carrol.

Esta había fruncido el ceño, pues pensaba que era Dorothy Evans la que llamaba. Alan también lo pensaba, y no sabía qué hacer ni qué decir.

Sin embargo, ambos estaban equivocados.

No era la pelirroja quien llamaba, sino Shaw Wiler, cuya voz reconocieron cuando le oyeron gritar:

—¡Dexter!

—Es el doctor Wiler —murmuró Alan, extrañado. —¿Habrá ocurrido algo? —preguntó Carrol.

Dexter se irguió con rapidez e indicó:

—Vístete, Carrol, de prisa.

La muchacha se bajó el jersey y saltó de la cama, enfundándose velozmente el pantalón de pana.

Alan ya estaba abriendo la puerta, aunque no más de un palmo, para que Shaw Wiler no descubriera a Carrol poniéndose el pantalón.

—¿Qué sucede, doctor?

—¡Los perros! —respondió Wiler, muy excitado. —¿Qué pasa con los perros?

—¡Están ladrando como locos!

—¿Y Oliver?

—¡No está!

—¿Cómo que no está?

—¡Ha debido salir a averiguar por qué ladran bs perros, pues no vi

su rifle, su chaquetón, ni sus guantes! Alan se estremeció.
—No debió salir solo, después de lo que...
—¡Me asomé a la ventana, pero no lo vi por ninguna parte! ¡Temo que le haya ocurrido algo, Dexter!
—Lo averiguaré, doctor Wiler —dijo Alan, abriendo más la puerta, para salir del cuarto. Fue entonces cuando el médico descubrió a Carrol Tracy.

La joven, que ya estaba vestida, exclamó:

—¡Voy contigo, Alan!

Dexter se volvió un instante.

—Será mejor que te quedes aquí, Carrol.

—No, también yo quiero saber lo que ha pasado. —Está bien, vamos.

Salieron los dos del cuarto y, junto con el doctor Wiler, descendieron rápidamente a la planta inferior, yendo hacia la ventana a través de la cual Oliver Cort solía vigilar el cobertizo de los perros.

Se asomaron a ella y...

Se quedaron los tres helados.

Los perros no ladraban ya.

No podían hacerlo, porque estaban muertos.

La puerta del cobertizo había sido arrancada de cuajo. Alan, Carrol y el doctor Wiler sabían por quién.

El monstruo de los hielos.

La temible y cruel bestia antártica.

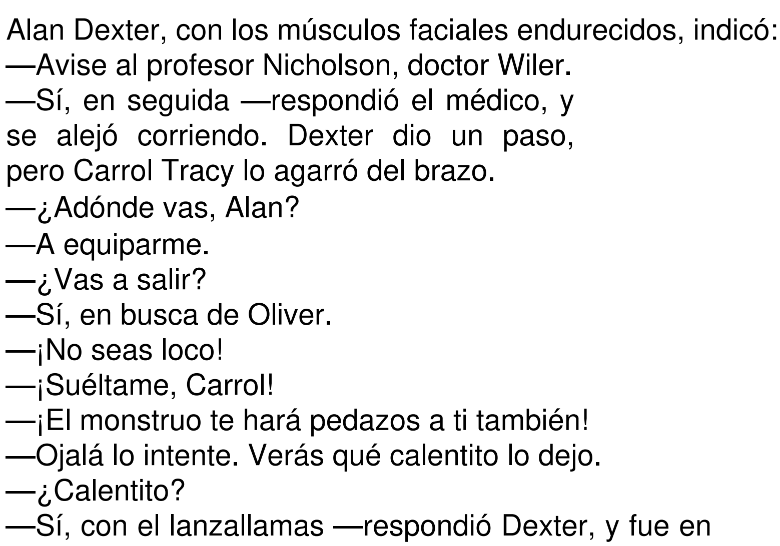
Bastaba con fijarse en los cuerpos de los pobres perros, destrozados, destripados, y hasta decapitados.

Era el estilo del sanguinario ser mitad hombre y mitad animal. Su sello inconfundible.

*

*

*



Alan Dexter, con los músculos faciales endurecidos, indicó:
—Avise al profesor Nicholson, doctor Wiler.
—Sí, en seguida —respondió el médico, y se alejó corriendo. Dexter dio un paso, pero Carrol Tracy lo agarró del brazo.
—¿Adónde vas, Alan?
—A equiparme.
—¿Vas a salir?
—Sí, en busca de Oliver.
—¡No seas loco!
—¡Suéltame, Carrol!
—¡El monstruo te hará pedazos a ti también!
—Ojalá lo intente. Verás qué calentito lo dejo.
—¿Calentito?
—Sí, con el lanzallamas —respondió Dexter, y fue en busca del arma. Carrol corrió tras él.
—¡Puede que eso no le detenga, Alan!
—El fuego detiene a todo el mundo, Carrol.
—¡Espera a que lleguen los demás!

—No puedo, nena. Oliver...
—¡Debe estar muerto!
—Probablemente. Pero pudiera estar solamente herido, y tengo la obligación de...
—¡Lo que tú quieres es que el monstruo te destroce también!
—No digas tonterías, Carrol. Amo la vida. Y más ahora, que sé que puedo compartirla contigo.
—¡Entonces, hazlo por mí! ¡Espera a que lleguen el profesor Nicholson y los demás! ¡No debes enfrentarte solo a esa temible bestia de los hielos!
Alan Dexter no respondió.
Ya se estaba abrigando, para poder soportar la bajísima temperatura que reinaba en el exterior.
Después, se colocó el lanzallamas a la espalda.
Carrol Tracy seguía insistiendo en que no debía salir solo de la base, que debía esperar a los demás.
Alan, por toda respuesta, le dio un beso en los labios y salió al exterior, con el lanzallamas preparado.
Sabía que al monstruo le gustaba atacar por sorpresa. Y que era extraordinariamente rápido.
O le lanzaba a tiempo un buen chorro de fuego, o la bestia antártica lo destrozaría con sus poderosas garras, como hiciera con Norman, Robert y Chester.
Y como había hecho, también, con Oliver Cort.

CAPITULO X

A través de la ventana, y con la respiración contenida, Carrol Tracy vio avanzar a Alan Dexter hacia el cobertizo de los infortunados perros.

—Protégelo, Dios mío —musitó, cerrando un instante los ojos.

Justo cuando los abría de nuevo, llegaban el profesor Nicholson, el doctor Wiler, Buddy Hobson y Dorothy Evans.

—¿Dónde está Dexter? —preguntó el jefe de la base.

—Ha salido en busca de Oliver —respondió Carrol.

—¿Qué? —exclamó Walter Nicholson.

—¡Es una locura! —opinó Shaw Wiler.

—¡El monstruo lo matará! —dijo la pelirroja Dorothy.

—Se lo dije, pero no me hizo caso —contestó Carrol, mirando de nuevo por la ventana. Los demás miraron también.

Alan Dexter ya no se veía.

Había alcanzado el cobertizo y lo estaba rodeando.

—¡Voy a salir también! —dijo Buddy Hobson.

—¡Coja un lanzallamas, Hobson! —indicó Nicholson.

—¡Pensaba hacerlo, profesor!

—Alan lleva el otro —hizo saber Carrol.

—Esperemos que eso frene al monstruo —murmuró el doctor Wiler.

Al mismo tiempo que Buddy Hobson se equipaba y se colocaba el otro lanzallamas, Alan Dexter descubría el cadáver de Oliver Cort detrás del cobertizo.

—Oh, Dios —exclamó, casi sin voz, porque el espectáculo no podía ser más horrendo. La bestia antártica se había ensañado cruelmente con su cuarta víctima, ya que, después de destrozarle el antebrazo derecho, ambos muslos, y la garganta, causándole la muerte, le desgarró la ropa y lo dejó prácticamente desnudo.

Entonces, destrozó su amplio y musculoso pecho, su estómago, su vientre, y hasta sus órganos masculinos, causando la carnicería más estremecedora que se pueda imaginar.

Y es que el monstruo estaba rabioso por la guerra que Oliver le había dado. Rabioso... y dolorido, porque el culatazo en plena boca le había hecho sufrir terriblemente, y también le hizo daño con su segundo culatazo, al pillarle los dedos de su mano izquierda.

Luego, cuando le saltó a la espalda y le cercó el cuello, con intención de estrangularlo, la furia del monstruo aumentó, porque le costó mucho librarse del bravo Oliver.

Por todo ello, la bestia de los hielos no se conformó con dar muerte a su cuarta víctima y la descuartizó horriblemente, cosa que

no había hecho con las otras tres víctimas.

Alan Dexter tenía el estómago fuerte, pero no sabía si podría resistir lo que sus ojos estaban viendo, porque era demasiado horroroso y sentía unas náuseas terribles.

Sin embargo, hizo un esfuerzo por sobreponerse. No podía darle esa ventaja al monstruo.

Alan no lo veía por ninguna parte, pero sospechaba que andaba cerca. Acechando.

Esperando el momento de saltar sobre él y desgarrarle el cuello de un solo zarpazo. Era así de traicionero.

Alan apartó los ojos del descuartizado cuerpo de Oliver Cort y dio unos pasos, siempre con el lanzallamas presto a vomitar un buen chorro de fuego.
De pronto, tuvo la extraña sensación de que había alguien a sus espaldas. Quizá fuera sólo imaginación suya, porque la verdad es que no había oído ruido alguno, pero también podía ser el aviso de ese sexto sentido que algunas personas poseen.
Fuera lo que fuere, Alan Dexter se giró bruscamente, para salir de dudas. Y salió.
¡El monstruo estaba frente a él...!

* * *

Quedó claro que Alan Dexter poseía ese sexto sentido.
Y, de momento, le salvó la vida, porque la bestia antártica se disponía ya a saltar sobre él.
Alan hizo funcionar el lanzallamas.
El chorro de fuego alcanzó al terrorífico ser, quemando su blanca y dura piel.
La bestia de los hielos bramó como si la estuviesen descuartizando viva, prueba inequívoca de que las llamaradas le hadan mucho más daño que las balas.
Se friccionó fuertemente el cuerpo, como si quisiera arrancar de su piel el terrible dolor que sentía, pero no lo consiguió, porque las quemaduras no desaparecen así como así.
Alan le envió un nuevo chorro de fuego, gritando:
—¡Asate, maldito!
El monstruo se vio nuevamente envuelto en llamas y pareció volverse loco de dolor, a juzgar por sus rugidos y por los saltos que daba.
—¡Te voy a achicharrar, bestia asesina! —dijo Alan, y se dispuso a accionar de nuevo el lanzallamas.
El monstruo echó a correr.
Alan le envió un tercer chorro de fuego, pero las llamas no alcanzaron a la bestia, que corría con una rapidez asombrosa.
Era mucho más veloz que el más rápido de los atletas. De ahí que Alan no le persiguiera.
Sabía que era imposible alcanzarle,

* * *

En la base, el profesor Nicholson, el doctor Wiler, Buddy Hobson, Carrol Tracy y Dorothy Evans, escuchaban los escalofriantes bramidos que llegaban desde el otro lado del cobertizo de los perros.

—¡Es el monstruo! —chilló Carrol.

—¡Está atacando a Alan! —gritó Dorothy.

—¡Lo va a matar! —exclamó el doctor Wiler.

—¡Corra, Hobson, por Dios! —apremió el profesor Nicholson.

—¡Llegaré a tiempo, no teman! —aseguró Buddy, que ya estaba listo para salir en ayuda de Alan.

Abandonó velozmente la base y corrió hacia el cobertizo, con el lanzallamas presto a vomitar fuego.

Cuando lo rodeó, vio que el monstruo corría como loco, fuera ya del alcance del lanzallamas de Alan.

—¡Huye! —exclamó, alegrándose de ello y de que Alan hubiera sabido hacer frente con éxito a la temible bestia de los hielos.

El monstruo desapareció en unos segundos.

Después, la alegría de Buddy Hobson se esfumó, dando paso a la pena, la indignación, y el horror.

Acababa de descubrir el cuerpo despedazado de Oliver Cort.

—¡No, no, no! —chilló, volviéndose con brusquedad. Alan Dexter se le acercó y le puso la mano en el hombro.

—Ya estaba hecho pedazos cuando yo llegué —informó, en tono grave.

—¡Esa bestia asesina es peor que todos los demonios del infierno juntos!

—Sí.

—¿Por qué tuvo que ensañarse de esa manera con él? ¡Por qué, por qué! —rugió Hobson, mordiéndose el puño hasta hacerse daño.

—Cuando el monstruo me atacó, vi que tenía tos labios heridos. Y eso demuestra que Oliver se defendió bien. Era un tipo muy fuerte. Y muy valiente. Estaba, además, furioso por la muerte de casi todos los perros. Ya sabes cómo los cuidaba y el cariño que les tenía. Debió emprenderla a culatazos con el monstruo, cuando éste le atacó, y le hizo daño. La bestia se encolerizó y... Bueno, no tuvo bastante con matar a Oliver y lo descuartizó.

—¡Tenemos que acabar con ese engendro de tos infiernos, Alan! ¡Tenemos que matarlo!

—Si hubiera tenido un par de cartuchos de dinamita a mano, no se me habría escapado —aseguró Dexter—. Aun así, le hice bastante daño, ya que lo alcancé dos veces con el lanzallamas y le causé quemaduras muy serias. Ya viste cómo bramaba. Y cómo corría. Va a sufrir mucho en los próximos días. Y, desde luego, esta noche no volverá a acercarse por aquí. Ha recibido un buen escarmiento.

—Lo buscaremos por la mañana, ¿verdad, Alan?

—Desde luego. Y, si damos con él, lo haremos reventar con los cartuchos de dinamita.

—Si supieras cómo deseo verlo muerto... —masculló Hobson.

—Yo también. Anda, vamos, Buddy. El profesor Nicholson y los demás estarán preocupados por nosotros.

—Sí.

Echaron a andar los dos y alcanzaron la parte delantera del cobertizo. Carrol Tracy dio un salto de alegría.

—¡Ahí vuelven Alan y Buddy!

—¡Están vivos! —brincó también Dorothy Evans.

—¿Habrán acabado con el monstruo, profesor? —exclamó el doctor Wiler.

—¡Ojalá! —respondió el jefe de la base, aunque pensaba que no, que como mucho lo

habrían hecho huir con los lanzallamas, y que aquel diabólico ser continuaría siendo una peligrosa amenaza para ellos.
Y, desgraciadamente, así era.
El monstruo de los hielos seguía vivo. Y con enormes deseos de venganza.

CAPITULO XI

El silencio era profundo.

Alan Dexter acababa de relatar lo sucedido detrás del cobertizo de los perros. Y, aunque todos adivinaban que Oliver Cort había muerto, asesinado por el monstruo, el hecho de que éste se hubiera ensañado con él, despedazándolo, les había llenado de horror.

De horror... y de terror, pues pensaban que la sanguinaria bestia antártica podía volver, a pesar de que Alan aseguraba que no, que el dolor de las quemaduras le impediría atacar de nuevo y el monstruo se mantendría alejado de la base.

Alan, dándose cuenta de que el temor era general, aunque más acusado en Carrol Tracy y Dorothy Evans, que en el profesor Nicholson y el doctor Wiler, dijo:

—De todos modos, vigilaremos. No volveremos a darle la menor oportunidad a ese demonio blanco. Bueno, demonio ligeramente tostado, después de lo de esta noche — bromeó, recordando los dos chorros de fuego que alcanzaron al monstruo.

Sus palabras hicieron sonreír, aunque levemente, a Carrol y Dorothy.

Ambas, desde luego, se sentían un poco mejor después de oírle decir a Alan que la base estaría permanentemente vigilada, por si la bestia de los hielos se atrevía a volver, a pesar de las quemaduras.

—Yo haré la primera guardia —decidió Alan—, ¿Le parece bien, profesor Nicholson?

—No —respondió el jefe de la base, sorprendiendo a todos. Y, más que nadie, al propio Alan, quien preguntó:

—¿Por qué no, profesor?

—Usted debe descansar, Dexter. Y Hobson, también. Por la mañana hay que salir en busca del monstruo, para acabar con él, y ustedes dos tienen que hallarse en las mejores condiciones físicas. Y, obviamente, no lo estarán si no duermen las horas necesarias. Por ello, el primer tumo de vigilancia lo haré yo. Y el segundo, el doctor Wiler. ¿Está de acuerdo, doctor?

—Por supuesto, profesor Nicholson —asintió Shaw Wiler.

—No se hable más, pues. Le llamaré cuando sea la hora de reemplazarme, doctor Wiler.

—Muy bien.

—Hale, a dormir todo el mundo —apremió el jefe de la base.

* * *

Naturalmente, Alan Dexter se introdujo solo en su cuarto.
Carrol Tracy no podía entrar con él, hallándose presentes Dorothy Evans, Buddy Hobson y el doctor Wiler, puesto que habían subido todos en grupo a los dormitorios, así que Carrol se metió en su cuarto sin haber tenido oportunidad de hablar un momento a solas con Alan.
Este, por supuesto, esperaba y deseaba que Carrol acudiera nuevamente a su

dormitorio, algunos minutos después, aunque no sabía si la muchacha lo haría, dadas las circunstancias.
La espantosa muerte de Oliver Cort, más las palabras del profesor Nicholson, librándolos a Buddy Hobson y a él de la vigilancia nocturna para que pudieran dormir las horas necesarias, podían haber hecho cambiar de idea a Carrol con respecto a lo de hacer el amor con él aquella noche.
Y tal vez fuera lo mejor.
Alan encendió un cigarrillo, mientras hacía tiempo para ver si Carrol se decidía a volver o no. Se había tumbado en la cama, vestido, y tenía la mano derecha bajo la nuca.
Pensó en el monstruo de la Antártida.
En lo cerca que había estado de morir despedazado por él. Si no llega a ser por el lanzallamas...
Bueno, y por su sexto sentido, que le había advertido del peligro que corría, cuando la bestia asesina se aprestaba ya a atacarle por la espalda.
Se había enfrentado ya dos veces al monstruo. Y las dos había salido bien librado.
¿Qué pasaría en la tercera?
¿Le haría pedazos el monstruo?
¿Sería la bestia de los hielos la que muriese?
Antes de que Alan llegara a responderse, llamaron a su puerta. Fueron unos golpes suaves.
Muy discretos.
Alan sonrió ligeramente y se levantó de la cama, dejando el cigarrillo en el cenicero. Se alegraba de que Carrol hubiera decidido volver, no podía evitarlo, porque venía a demostrar que la muchacha sentía lo mismo por él que él por ella.
Le quería.
Por eso no puso objeciones cuando vio que él se disponía a hacerle el amor. Alan se acercó a la puerta y abrió, con la sonrisa en los labios.
Una sonrisa que, por cierto, le duró muy poco.
No era Carrol.
¡Era Dorothy!

* * *

Carrol Tracy paseaba por su cuarto, con un cigarrillo entre los dedos. También ella estaba haciendo tiempo, para luego acudir al dormitorio de Alan Dexter.

Tenía que volver.

Necesitaba verse de nuevo en sus brazos, estremecerse con sus besos, gozar con sus hábiles caricias, ser suya... Había estado a punto de serlo, pero la llamada del doctor Wiler impidió que Alan la poseyera y la colmara de felicidad.

Carrol consultó su reloj.

Estimó que habían transcurrido ya los minutos suficientes, aplastó el cigarrillo en el

cenicero, y fue hacia la puerta, abriéndola con cautela.
Quería asegurarse de que no había nadie en el corredor, antes de salir. Y no pudo abandonar su cuarto, porque si había alguien, y justo delante de la puerta del dormitorio de Alan Dexter.
Carrol se sintió enrojecer de ira al ver que era Dorothy Evans. Vio, también, que Alan le abría la puerta.
¡Y que la dejaba entrar!
Bueno, la verdad es que la pelirroja se coló con rapidez en el cuarto de Alan, sin darle tiempo a decir nada.
La puerta se cerró a continuación.
Carrol, terriblemente furiosa, salió de su cuarto y corrió hacia el de Alan. Tan pronto como lo alcanzó, pegó su oído a la puerta.
¡Tenía que saber lo que decían!
¡Y lo que hacían!

* * *

Por el momento, Alan Dexter y Dorothy Evans no hacían nada. Sólo se miraban.
Y Dexter lo hacía con el ceño fruncido.
—¿Por qué has venido, Dorothy? —preguntó.
—Tengo miedo, Alan —respondió la pelirroja. —¿Miedo?
—Sí, estoy aterrorizada. Y es lógico, después de lo ocurrido.
—La base está vigilada, Dorothy.
—Lo sé, pero...
—Vuelve a tu cuarto, te lo ruego.
—Por favor, Alan, deja que me quede contigo.
—No.
—No haremos nada, si no quieres. Sólo dormir, ¿de acuerdo?
—Eso no te lo crees ni tú.
La pelirroja emitió una risita de gata con ganas de tener gatitos.
—No podrías resistirte a mis encantos, ¿verdad?
—Vamos, Dorothy, lárgate.
—¿De verdad deseas que me marche?
—Sí.
—A ver si esto te hace cambiar de idea —sonrió lascivamente Dorothy, y se sacó el jersey en un abrir y cerrar de ojos, quedando con el torso desnudo.
Dexter le miró los magníficos pechos, claro.
Sin embargo, alzó en

seguida los ojos y dijo:
—Pierdes el tiempo, tentándome con tu formidable busto, Dorothy, porque esta vez no te servirá de nada.
—¿Estás seguro? —repuso ella, acariciándose a sí misma, para excitarle.
—Quiero a Carrol.

La pelirroja se quedó quieta y dejó de sonreír.
—¿Cómo has dicho?
—Que estoy enamorado de Carrol. Y ella también me quiere a mí. Me lo confesó esta noche y yo le prometí no volver a hacer el amor contigo. Ni con ninguna otra mujer. La quiero de verdad y voy a serle fiel.
Dorothy, colérica, se enfundó el jersey con brusquedad y gritó:
—¡Muy bien, que seáis muy felices!
Después, notó hacia la puerta y la abrió de golpe.
No vio a Carrol, porque ésta se había pegado a la pared del corredor, y como la enfurecida pelirroja no se molestó en cerrar, Carrol pudo colarse en el cuarto de Alan antes de que éste cerrara la puerta.
—¡Carrol! —exclamó Dexter, respingando.
La muchacha cerró la puerta y se echó en sus brazos, diciendo:
—Lo he oído todo, Alan. Y mereces que me entregue a ti una y mil veces.
—Carrol, cariño... —sonrió Dexter, tranquilizándose.
No hablaron más, porque ya se estaban besando con vehemencia.

CAPITULO XII

Durante el tumo de vigilancia del profesor Nicholson, no ocurrió nada. Y tampoco mientras vigiló el doctor Wiler, lo que vino a confirmar que Alan Dexter tenía razón al asegurar que la bestia antártica no volvería a atacar aquella noche, a causa del dolor que le producían las quemaduras que llenaban su cuerpo.

Por la mañana, temprano, Alan Dexter y Buddy Hobson se equiparon y se colocaron los lanzallamas a la espalda. En sendas bolsas, que se colgaron del cuello, llevaban los cartuchos de dinamita.

Cuando ya estaban a punto para salir, Walter Nicholson dijo:

—Creo que debería ir con ustedes, Dexter.

—No, profesor —respondió Alan—. Su puesto está aquí, en la base.

—Les he encomendado una misión muy peligrosa, como es la de buscar y acabar con ese monstruoso ser, y...

—La cumpliremos, no tema. Buddy y yo estamos deseando exterminar de una vez a esa bestia sanguinaria. Y lo vamos a conseguir, ¿verdad, Buddy?

—Desde luego —asintió Hobson—. Aunque sea lo último que hagamos en este mundo. Walter Nicholson les tendió la mano a los dos.

—Suerte, muchachos.

—Gracias, profesor —sonrió Alan.

Shaw Wiler les estrechó también la mano.

—Suerte, valientes.

—Acabaremos con el monstruo, doctor Wiler —prometió Dexter.

Carrol Tracy, sin importarle la presencia del profesor Nicholson, del doctor Wiler, de Dorothy Evans, y de Buddy Hobson, se plantó delante de Alan Dexter, se puso de puntillas, y le dio un apretado beso en los labios.

Después, rogó:

—Tened mucho cuidado, Alan.

—Lo tendremos, te lo prometo.

—Te quiero, no lo olvides.

—Y yo a ti.

Volvieron a

besarse.
El profesor Nicholson y el doctor Wiler cambiaron una mirada y después carraspearon a dúo.
Buddy Hobson movió la cabeza y suspiró.
—Esto es una despedida, sí señor.
Dorothy Evans, picada, se plantó delante de él y le echó los brazos al cuello.
—Tú no vas a ser menos, Buddy —dijo, y le dio un tremendo beso en los labios.
Walter Nicholson y Shaw Wiler volvieron a mirarse, pero esta vez, en lugar de carraspear, sonrieron, porque a ambos les parecía muy bien que Carrol y Dorothy desearan suerte a Alan y Buddy de aquella manera.
Poco después, Alan Dexter y Buddy Hobson salían de la base, montaban en sendas moto-esquíes, y partían en busca del monstruo de los hielos, dispuestos a darle la batalla

final.

* * *

Alan Dexter y Buddy Hobson habían detenido sus moto-esquíes en lo alto de la colina de hielo desde la cual se divisaba el bloque de nieve endurecida que sirviera a la bestia antártica para atacar por sorpresa a Norman Bridges y Robert Kelsey, primero, y Chester Yorkin después, causándoles la muerte a los tres.

Alan y Buddy habían llegado hasta allí sin encontrar ni rastro del monstruo. Y eso que habían explorado bien el terreno, rodeando cada bloque de hielo, cada montículo, cada colina helada, y escrutando todas las hondonadas, para que la bestia asesina no pudiera burlarles.

Desde la cima de aquella colina de nieve dura, Alan y Buddy podían ver los trineos destrozados de Norman y Robert, casi totalmente cubiertos por el hielo que se había ido acumulando en tomo a ellos, y que acabaría sepultándolos.

Lo mismo sucedía con los cuerpos de los perros asesinados por el monstruo. Algunos de ellos habían desaparecido ya, cubiertos por el hielo.

Alan y Buddy observaban el bloque de hielo.

—¿Estará ahí, Alan?

—No lo sé, Buddy.

—Ese bloque de hielo parece gustarle al monstruo.

—Es ideal para él, por su tamaño y porque le permite trepar a él y caer sobre sus víctimas desde allí arriba, sorprendiéndolas.

—Hubiera acabado conmigo, de no ser por ti, porque yo no le vi saltar sobre mi trineo.

—Por suerte, yo sí. Los perros del trineo del pobre Chester miraban hacia lo alto del bloque de hielo, mientras ladraban y saltaban como locos, y eso me hizo sospechar que el asesino de Chester se encontraba allí arriba —explicó Dexter.

—Me salvaste la vida, Alan. Y creo que no te di las gracias. Dexter sonrió.

—Estábamos demasiado atareados, tratando de evitar que el monstruo nos hiciera pedazos.

—Es verdad. De todos modos, te doy las gracias ahora, Alan.

—No hay de qué, Buddy. Tú hubieras hecho lo mismo por mí.

—De eso puedes estar seguro.

—Lo estoy. Bien, ¿vamos hacia el bloque de hielo, Buddy?
—Antes quiero que me digas una cosa.
—¿Qué quieres saber?
—¿Ya no hay nada entre Dorothy y tú?
—Nada de nada.
—Te gusta más Carol, ¿eh?
—Estoy enamorado de ella, Buddy.

—Me alegro. Por ti y por mí, porque ahora podré tener a Dorothy.
—Seguro.
—Viste cómo me besó, ¿verdad?
—Sí.
—Creo que me permitirá hacerle el amor.
—Puedes apostar a que sí —respondió Alan, riendo. Buddy también rió.
Después, pusieron en marcha sus moto-esquíes y descendieron de la colina, enfilando hacia el gran bloque de hielo, donde podía estar aguardándoles la bestia antártica.

*
*
*

Por si acaso el monstruo se hallaba oculto en lo alto del bloque de hielo, Alan Dexter y Buddy Hobson lo rodearon prudentemente distanciados del mismo, para hacer imposible el salto de la bestia antártica sobre uno de ellos.
Lo rodearon, además, juntos, en vez de hacerlo uno por cada lado, haciendo asi aún más difícil el ataque del sanguinario ser, caso de que, efectivamente, se hallase oculto en lo alto del bloque de hielo.
Y parecía que no era así.
Al menos, el monstruo no intentó nada contra ellos. Ni siquiera se dejó ver.
Alan y Buddy, sin embargo, no se confiaron y, aunque detuvieron sus moto-esquíes al otro lado del bloque de hielo, lo hicieron a bastantes metros de él.
Y tenían los lanzallamas preparados, por si la bestia asesina aparecía de repente.
Desde allí, Alan y Buddy pudieron comprobar que tanto el trineo de Chester Yorkin, como el que condujera Buddy Hobson, estaban hechos pedazos y medio ocultos ya por el hielo.
El monstruo debió destrozarlos cuando ellos dos huyeron en la moto-esquí, dejándolo con un palmo de narices, y la furia de la bestia la pagaron los pobres trineos.
Los cadáveres de Norman Bridges, Robert Kelsey y Chester Yorkin, lo mismo que los cuerpos de los perros, se hallaban también casi totalmente cubiertos por el hielo.

Era la única ventaja de morirse en la Antártida. Uno no necesitaba que le enterrasen.

El hielo se encargaba de sepultarlo.

—Parece que el monstruo no está, Alan —dijo Hobson.

—Yo no lo juraría, Buddy —repuso Dexter.

—¿Piensas que se oculta ahí arriba?

—No me extrañaría nada.

—¿Y qué quieres que hagamos, que subamos a comprobarlo?

—No estoy tan loco.

Hobson sonrió.

—Ya lo sé. Sólo era una broma.
Dexter, tras unos quince segundos de silencio, dijo:
—¿Sabes lo que vamos a hacer, Buddy?
—No.
—Lanzaremos un par de cartuchos de dinamita a lo alto del bloque de hielo. Y si el monstruo está ahí arriba...
—¡Saltará en pedazos! —exclamó Hobson.
—Exacto —sonrió Dexter.
—¡Manos a la obra!
Extrajeron sendos cartuchos de dinamita de sus respectivas bolsas y encendieron las mechas.
—Los lanzaremos cuando yo diga, Buddy.
—De acuerdo.
—Al mismo tiempo, ¿eh?
—Sí.
Dexter esperó unos segundos más, con los ojos fijos en la mecha de su cartucho y en la del cartucho de Hobson, y después gritó:
—¡Ahora, Buddy!

CAPITULO XIII

Alan Dexter y Buddy Hobson habían arrojado los cartuchos de dinamita a la vez, calculando muy bien el lanzamiento. Ambos cartuchos cayeron sobre el gran bloque de hielo y estallaron al mismo tiempo, destruyendo una buena parte del mismo.

Alan y Buddy vieron saltar numerosos pedazos de hielo, de todos los tamaños, pero no vieron saltar a la bestia antártica ni la oyeron rugir tras la explosión, por lo que ambos quedaron bastante desilusionados.

—El monstruo no estaba ahí arriba, Alan —suspiró Hobson.

—No, es una lástima, porque a estas horas estaría muerto —respondió Dexter.

—Tendremos que seguir buscándolo.

—Sí, no hay más remedio.

Alan y Buddy se dispusieron a poner en movimiento su moto-esquíes, sin advertir que una cabeza había asomado detrás de un promontorio cercano.

Una

cabeza

grande.

Blanca.

Monstruosa.

¡Era la bestia de los hielos!

Estaba vigilando, desde allí, a los dos hombres.

No se había atrevido a atacarles porque temía a los lanzallamas.

Ya había probado la dolorosa mordedura del fuego y todavía sufría a causa de las quemaduras que tenía en el cuerpo, por lo que no quería exponerse a recibir nuevos chorros de fuego.

Pero tampoco quería renunciar a su venganza, así que, cuando vio que Alan y Buddy ponían en marcha sus moto-esquíes, para alejarse, el monstruo agarró uno de los pedazos de hielo que tenía preparados tras el promontorio helado y lo arrojó sobre los dos hombres.

Era

un

pedazo

grande.

Pesaba

lo

suyo.

Pero el monstruo tenía mucha fuerza, así que, para él, fue como arrojar una pelota de tenis.

Alan y Buddy no vieron llegar el proyectil, y eso resultó fatal para el

segundo, porque el pedazo de hielo le golpeó en la cabeza y lo derribó de su moto-esquí.
—
¡Buddy!
—
gritó
Alan.
Hobson
no
le
respondió.
Ni
siquiera
se
movió.
El impacto le había dejado sin conocimiento y continuó echado sobre el hielo, sin posibilidades de ayudar a su compañero a exterminar a la bestia traicionera y asesina.
Alan se había vuelto ya hacia el promontorio.
Resultó muy oportuno, porque el monstruo había lanzado un segundo pedazo de hielo, tan grande como el anterior, y venía directo hacia el cuerpo de Alan.
Este se agachó con rapidez, pegándose literalmente a su moto-esquí, y el proyectil pasó por encima de su espalda, llegando a rozarle el lanzallamas.

El monstruo lanzó un rugido, furioso por su fallo, y agarró rápidamente otro pedazo de hielo.
Alan ya estaba sacando un cartucho de dinamita de su bolsa. Encendió la mecha.
El monstruo le arrojó el pedazo de hielo.
Alan lanzó su moto-esquí hacia adelante y se apartó de la trayectoria del proyectil, burlándolo también.
La bestia antártica rugió de nuevo y atrapó otro pedazo de hielo. Alan le lanzó el cartucho de dinamita, que estaba a punto de estallar.
El monstruo había desaparecido momentáneamente tras el promontorio. El cartucho de dinamita cayó al otro lado del promontorio.
Casi al momento, se produjo el estallido.
Docenas de pedazos de hielo saltaron por los aires, pero Alan no vio que saltara la bestia antártica.
¿Se habría alejado a tiempo?
¿Habría estallado el cartucho de dinamita demasiado lejos del monstruo?
Alan esperó unos segundos, pero el demoníaco ser no volvió a surgir detrás del promontorio, por lo que no tuvo más remedio que poner en movimiento su moto-esquí y dirigirse hacia allí, aun sabiendo que corría un claro riesgo.
Pero Alan confiaba en su lanzallamas.
Si el monstruo no estaba muerto, y le atacaba de pronto, lo asaría como una castaña.

* * *

No.
El monstruo no le atacó.
No estaba tras el promontorio, ni vivo ni muerto.
Había huido antes de que el cartucho de dinamita estallara, gracias a su extraordinaria rapidez.
Alan Dexter maldijo para sus adentros y regresó junto a Buddy Hobson, para atenderle. Buddy seguía inconsciente, pero Alan logró reanimarle.
—¿Te encuentras bien? —le preguntó. Hobson se llevó la mano a la cabeza.
—¿Qué pasó, Alan?
—El monstruo nos atacó lanzándonos gruesos pedazos de hielo. Te

alcanzó en la cabeza con el primero de ellos y...

Hobson miró nerviosamente a su alrededor.

—¿Dónde está el monstruo?

—Escapó.

—¿No le arrojaste ningún cartucho de dinamita?

—Si, pero se apartó a tiempo de él y la explosión no le alcanzó.

—¡Qué mala suerte!

—Bueno, lo importante es que estamos bien. Huyó por allí, por detrás de aquel promontorio. Iremos tras él y lo alcanzaremos. El monstruo es muy rápido, pero

nuestras moto-esquíes lo son más.
—Tienes razón.
Dexter ayudó a su compañero a levantarse.
Después, montaron en sus moto-esquíes, las pusieron en marcha, y se lanzaron en persecución de la bestia antártica.

* * *

El monstruo iba dejando a su paso un rastro claro. Gotas de sangre.
Estaba herido, como consecuencia del estallido del cartucho de dinamita que le arrojara Alan Dexter, que lo pilló más cerca de lo que éste creía.
No lo había hecho saltar por los aires, pero lo lastimó seriamente.
No le había impedido huir, aunque la verdad es que tampoco podía correr con la rapidez que en él era habitual, y como adivinaba que Alan y Buddy le perseguirían con sus moto- esquíes, decidió esconderse en algún sitio seguro, antes de que los dos hombres aparecieran y le lanzaran nuevos cartuchos de dinamita.
Al poco de haber dejado atrás el promontorio desde el cual la bestia antártica les lanzara los pedazos de hielo, Alan Dexter y Buddy Hobson descubrieron las manchas rojas que el ser iba dejando en el suelo en su huida.
—¡Mira, Buddy!
—¡Es sangre!
—¡El monstruo está herido!
—¡El cartucho que le arrojaste le hizo pupa, Alan!
—¡Sigamos su rastro, Buddy! ¡Ahora sí es seguro que daremos con él, por mucho que se aleje!
—¡No podrá alejarse demasiado, estando herido!
—¡Vamos por él!
Alan y Buddy siguieron las manchas de sangre.
Les llevaron a un sitio peligroso, puesto que había varios bloques de hielo. No eran muy grandes, pero estaban casi juntos, formando una especie de laberinto.
Era, desde luego, un magnífico lugar para esconderse.
Además, Alan y Buddy no podían meterse por entre los bloques de hielo con sus moto- esquíes. Tendrían que hacerlo a pie, si es que se decidían a entrar.
Se habían detenido a unos diez metros de los primeros bloques.
—¿Qué hacemos, Alan?
—El monstruo está ahí, Buddy.
—¿Le lanzaremos cartuchos de dinamita?

—No nos conviene. Podríamos gastarlos todos y no alcanzarle, porque ahí dentro hay muchos lugares donde protegerse.
—¿Entonces...?
—Entraremos por él con los lanzallamas. Vamos, Buddy.
Dejaron las moto-esquíes y avanzaron a pie hacia el grupo de bloques de hielo, con los lanzallamas preparados para vomitar chorros de fuego.

Cuando alcanzaron los primeros bloques, y antes de pasar por entre dos de ellos, Alan hizo funcionar su lanzallamas, por si acaso la bestia asesina andaba cerca.
No pasó nada.
Sólo que parte de los bloques de hielo se fundió, al calor de las llamas.
Alan y Buddy se adentraron en aquella especie de peligroso laberinto, repitiendo la acción de enviar por delante algunas llamaradas, para hacer salir al monstruo.
Tras el último de esos envíos, se escuchó un rugido estremecedor.
La bestia antártica, oculta tras uno de los bloques, había sido lamida por las llamas.
—¡Ahí lo tenemos, Buddy! —gritó Dexter.
—¡Vamos por él, Alan! —respondió Hobson.
Saltaron los dos hacia adelante y vieron al monstruo, que trataba de escabullirse.
Los lanzallamas de Alan y Buddy soltaron sendos chorros de fuego, alcanzando a la bestia asesina.
El monstruo rugó de nuevo, enloquecido, y corrió por entre los bloques de hielo.
Alan y Buddy lo persiguieron, haciendo que sus lanzallamas volviesen a vomitar fuego. Cuando el monstruo consiguió salir del grupo de bloques de hielo, estaba medio achicharrado ya, aunque todavía tenía fuerzas para correr, si bien muy torpemente.
Sus rugidos eran espantosos.
Sus contorsiones, también.
Sin darse cuenta, se estaba desgarrando a á mismo con sus poderosas uñas, en su desesperado intento de arrancarse del cuerpo el terrible dolor que sentía.
Ya no era una bestia blanca.
Ni siquiera ligeramente tostada.
Estaba tostada del todo.
Ahora era una

bestia negra.

Carbonizada.

Buddy hizo ademán de correr detrás del monstruo, pero Alan lo detuvo e indicó:

—¡La dinamita!

Buddy entendió y sacó rápidamente un cartucho de su bolsa. Alan ya estaba sacando otro de la suya.

Encendieron las mechas.

El monstruo seguía alejándose, entre rugidos y contorsiones, casi sin fuerzas ya para caminar, abrasado desde la cabeza a los pies.

—¡Ahora, Buddy! —gritó Alan.

Lanzaron los dos cartuchos de dinamita.

Cayeron junto a los talones de la bestia antártica. Se produjo el doble estallido y...

Fue el fin del monstruo.

Todo él saltó en pedazos, destrozado por la dinamita. Sus restos quedaron esparcidos por el suelo.

Sobre el hielo.

La horrible pesadilla había terminado.

EPILOGO

Desde aquel mismo lugar, haciendo uso de su transmisor, Alan Dexter llamó a la base y comunicó que la bestia de los hielos había dejado de existir.

La noticia hizo saltar de júbilo al profesor Nicholson, el doctor Wiler, Carrol Tracy y Dorothy Evans. Se abrazaron los cuatro, se felicitaron, y hasta se besaron.

Cualquiera diría que Carrol y Dorothy eran enemigas. Bueno, la verdad es que habïan dejado de serlo.

La pelirroja se había resignado ya a que Alan fuera para Carrol, y pensaba sustituirlo con Buddy Hobson, que tampoco le disgustaba.

Y, efectivamente, Dorothy hizo el amor con Buddy aquella misma noche, en el cuarto de ella.

También Alan y Carrol volvieron a unir sus cuerpos aquella noche. Era normal

En la Antártida hacía tanto frío... Había que entrar en calor. Esa era la mejor manera.

¿O no?

F I N

PUNTO ROJO

PUNTO ROJO

intriga...

ROJO

misterio...

ROJO

suspense...

ROJO

acción...

ROJO



EDITORIAL BRUGUERA, S. A.

PRECIO EN ESPAÑA
60 PTAS.

Impreso en España